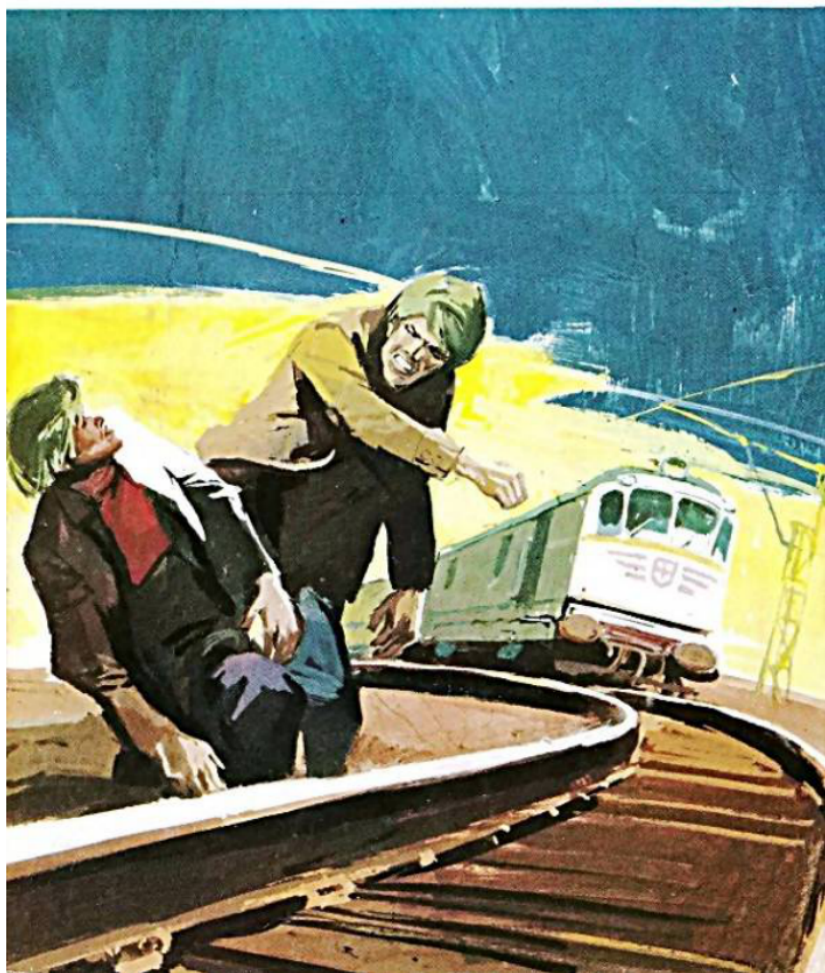




misión comprometida

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

MISION COMPROMETIDA

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.253
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 26.363 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1974

© Vic Logan - 1974

texto

© Desllo - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.248. - El hombre que compró terror

En Colección **PUNTO ROJO:**

635. - Un testigo peligroso

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652. - El último en reír

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

888. - Tierra de colosos

En Colección **KANSAS:**

822. - Un *sheriff* en apuros

En Colección **BRAVO OESTE:**

584. - Parejas de damas para el vaquero

En Colección **CALIFORNIA:**

864. - Senderos de venganza

En Colección **COLORADO:**

877. - La muerte visita Wyoming

CAPÍTULO PRIMERO

La sórdida habitación poseía una sola ventana, desde la que podía verse el callejón.

La única luz procedía de una bombilla, protegida por una pantalla, que iluminaba la mesa, en torno a la cual se hallaban reunidos los cinco jugadores de póquer.

En el centro de la mesa había un montón de dinero, casi quinientas libras.

Roger Lang miró su juego, una vez más, y, sin la menor expresión que pudiera revelar a los contrarios el juego que poseía, empujó hacia el centro el dinero que le quedaba.

—Mi resto —dijo simplemente.

—Yo paso —contestó el de su derecha, y se levantó, para aproximarse a la ventana.

Los demás parecían dudar. El siguiente aceptó, pero el cuarto optó por abandonar y aproximarse a la única puerta que había en la habitación.

Roger miró a los que acababan de ausentarse, y luego se volvió hacia el par que seguían.

—Bien... Tengo un trío —dijo Roger, y mostró sus naipes.

El siguiente en hablar arrojó los naipes. El otro que había quedado sonrió, destapando su juego.

—Has perdido, amigo. Yo tengo escalera.

—Bueno. Todavía me queda algo que perder.

—Es tarde ya —sonrió el que había ganado.

—Sólo las dos. La noche es joven. Puedo recuperarme —siguió Roger, impasible.

—Antes has dicho que sólo te quedaban veinte libras —dijo el ganador, recogiendo las ganancias.

Sólo ellos dos quedaban en la mesa. El tercero se había levantado también y estaba cerca del perchero.

—¡La policía! —gritó entonces el que estaba cerca de la ventana. Aquella palabra era como la consigna para que todo el mundo se pusiese en movimiento.

—¡La luz! —exclamó el de la mesa, levantándose rápidamente.

Roger también actuó con rapidez, pero fue para alcanzar antes que nadie la puerta y pegarse con la espalda a ella para impedir que nadie pudiera abrirla.

—¡Nada de cuentos, Bardon! Me conozco el juego...

—¡Aparta! —El llamado Bardon avanzó hacia delante. La luz de la calle silueteaba a los cinco que permanecían en la habitación.

La actitud amenazadora de Bardon fue neutralizada por la rápida y precisa llave de Roger.

En un instante, redujo a su enemigo; lo volvió contra sí, retorciéndole el brazo con fuerza.

—Y los demás, atrás —ordenó Roger, tirando con más fuerza del brazo de su antagonista.

—¿Crees poder con todos, amigo? —dijo uno del grupo.

—Todo el dinero y las armas que llevéis, dejadlo sobre la mesa, si no queréis que rompa el brazo a vuestro compinche.

—¡Suelta! —gritaba el que estaba preso con la llave.

Lejos de obedecer, Roger apretó más aún.

—Di a tus amigos que obedezcan. Yo no bromeo.

—¡Quitádmelo de encima! ¡Sois cuatro!

Los otros intentaron avanzar, pero Roger tenía la espalda protegida por la pared y, además, advirtió:

—Tengo un revólver en el bolsillo, y os volaré la cabeza a todos, además de romper los huesos de Bardon.

Y dio un nuevo tirón.

Los otros no sabían por dónde atacar, dada la posición de Roger, y la amenaza del revólver contribuyó también a acentuar sus dudas.

—¡Haced lo que os dice, antes de que me rompa el brazo!

—Y encended la luz. Quiero veros las caras... —Añadió Roger.

La decisión del pelirrojo de ojos azules quedaba bien reflejada en su rostro, en la manera de dar las órdenes, en la seguridad de sus palabras.

No obstante, los otros seguían siendo cuatro. Por lo menos, tres de ellos estaban en disposición de defenderse.

Roger no quiso perder más tiempo. Aprovechando su ventaja

sobre Bardon, lo arrojó con fuerza poco común contra el que tenía más próximo, y ambos cayeron al suelo, hechos un lío.

Casi al mismo tiempo, atacó a uno de los dos que quedaban en pie. Lo hizo con golpes de karate, rápidos y precisos.

Cuando el último quiso intervenir, se encontró con una patada en la espinilla, seguida del golpe contundente que, en acrobático salto, le proporcionó Roger, perfecto conocedor de la lucha, en la que se mostraba a la altura de un auténtico cinturón negro.

Renqueantes, sus rivales intentaron incorporarse. Roger esgrimía un revólver.

—¿No tenéis bastante? ¡Vamos! El dinero. ¡Todo!

Obedecieron, al fin. La mesa volvió a llenarse de billetes del Banco de Inglaterra.

—Y la calderilla. ¡Todo! —Siguió Roger.

—Te acordarás de esto, Lang. —Gruñó Bardon, obedeciendo.

—Yo también me acuerdo de algo, pandilla de tahúres... Me acuerdo de James Clark... ¿Sabéis de quién hablo, verdad? Hicisteis que una fulana le engatusara para traerlo aquí. El sistema es el mismo, dejarle ganar al principio para limpiarle después. Luego, alguien grita: La poli, y todos os largáis, sin olvidaros de las ganancias... Casi mil libras perdió James Clark... Mil libras, que le habían costado muchos sudores...

Nadie contestó. Roger añadió, aproximándose para recoger el dinero:

—Le emborrachasteis, ¿eh? Lo mismo que intentabais hacer conmigo. Pero yo sé aguantar el alcohol... Bien, espero que aquí haya suficiente dinero para devolver las mil libras a James Clark. Si sobra algo, os mandaré flores... Y no me importaría mandároslas al cementerio. ¡Ahora, largo!

Bardon, doliéndose aún del brazo, escupió al suelo y luego soltó:

—Te acordarás de esto, Lang.

—Cuida ese brazo, Bardon, y selecciona mejor a tus incautos. Te lo aconsejo.

—Esto no quedará así —insistió el otro, yendo hacia la puerta, justo en el momento en que un hombre alto, correctamente vestido y con fría expresión, cruzaba el umbral de la puerta.

Todos quedaron un poco confusos. Todos, menos Roger, que murmuró:

—Pasa, Dale. Como si estuvieras en tu casa.

El recién llegado miró en derredor. Se detuvo en cada uno de los hombres y no perdió detalle de la habitación.

—¿Siempre frecuentas estos lugares?

—No. A veces, voy a sitios peores.

—No creo que sean amigos tuyos —murmuró el recién llegado, señalando a los otros.

—Pregúntaselo a ellos —sonrió Roger.

—Bueno, que se larguen. Necesito hablar contigo.

—¿Aquí mismo? —inquirió Roger.

—Si nadie tiene que molestarnos...

—Este cuartucho no es de nadie en concreto. La casa va a ser derribada. Ellos lo utilizan para sus negocios... También podemos hacerlo nosotros.

Dale, el recién llegado, aguardó a que los otros abandonaran la habitación. Casi les instó a hacerlo con la mirada, tan dura y fría como su voz.

Luego, cuando el cuarteto hubo desaparecido, Dale cerró la puerta.

Llegando al callejón, uno de los vapuleados por Roger murmuró:

—Aunque ahora sean dos, no importa... Les esperaremos.

—Olvidalo —rezongó Bardon.

Era un tipo grandote, una rata de los barrios bajos, fuerte y pendenciero que, por una vez, había sido humillado y vencido por alguien que, sin aparentar más fuerza, la tenía y la unía a la inteligencia. No obstante, Bardon desistía de la lucha, ante la extrañeza de sus compinches...

—¿No tendrás miedo, verdad? Las cosas le han salido bien a ese tipo, pero ahora será diferente.

Bardon insistió:

—He dicho que lo olvidéis... —Y añadió—, ese tipo que ha entrado... Creo que le conozco. Es... un policía o algo por el estilo. No estoy seguro de su cargo, pero os digo que es alguien importante.

—¿Y es amigo de Lang? —preguntó otro.

—Yo qué sé. ¿Acaso alguien sabe quién es Lang? Hace sólo unos días que le conocemos, ¿no? Y ahora ya sabemos por qué nos buscaba. Era amigo de Clark. ¡Maldita sea!

—Pero si es un polizonte... ¿Por qué no nos ha detenido?

—¡Y yo qué sé! —Gruñó Bardón.

CAPÍTULO II

Dale estaba mirando a través de la ventana que daba al callejón. Al fondo, Roger Lang se había sentado tras la mesa, y fumaba un cigarrillo, del cual expelía el humo en forma de anillos.

—Bueno, Roger... ¿Qué contestas? —habló, por fin, Dale.

—Que no —repuso simplemente el pelirrojo de los ojos azules, sin variar de postura.

—Estás sin blanca, ¿no? —Y Dale se volvió.

—En estos momentos, no.

—Ya. Hoy te han salido bien las cosas, pero cualquier día te meterás en un lío.

—Y tú quieres impedírmelo, metiéndome en otro lío más gordo.

—Mira en qué ambiente te desenvuelves. Esto puede acabar mal. ¿Sabes?

—Ese ambiente no es peor a los que he tenido que descender, cuando trabajaba para vosotros. Por ahí no vas a convencerme, Dale.

Tras un silencio, Dale se aproximó con las manos en los bolsillos de su abrigo negro. Se quedó mirando fijamente a Roger, a escasa distancia.

—Llevo toda la noche siguiéndote. Por eso supe que estabas aquí, y hasta llegué a pensar que te hallabas en peligro. Por eso subí... No quiero pensar que he perdido el tiempo. Ya sabes que, cuando quiero una cosa, la consigo... Si es cuestión de precio...

—Cien mil —cortó Roger.

—¿Estás loco?

—Y gastos aparte.

—Adiós, Roger.

—Adiós, Dale —repuso Roger, tranquilamente.

Dale llegó hasta la puerta, pero se volvió.

—Te necesitamos, Roger. ¿Es eso lo que querías oír?

—¿Qué pasa? ¿Os habéis quedado sin agentes?

—Te necesitamos a ti, por una razón fácil de comprender.

—¿Sí?

—Necesitamos a un hombre al que nadie conozca. ¿Comprendes?

—¿Es que no tenéis agentes nuevos? ¿O los fotografías a todos en la primera página del «Times»?

—Es que, además, el hombre al que necesitamos debe tener experiencia.

—¡Vaya! ¿Eso es todo?

—Está bien, si quieres que te regale los oídos, para este caso se necesita lo mejor... Tú eres lo mejor. Siempre lo has sido... en el servicio, claro, porque en lo demás, ¡je!

—No sigas, no voy a rebajarte el precio —sonrió Roger.

—Está bien. Hablaré con el viejo. Pondrá el grito en el cielo, pero tal vez consiga aproximarme a la cifra que pides.

Roger lanzó un silbido.

—¡Vaya! Si son capaces de darme cien mil libras, debe ser un caso que vale el doble. ¡Con lo tacaños que son!

—¡Roger! ¿Por qué no continuaste en el departamento?

—Pues porque si hubiera aceptado ser agente, no me pagarían cien mil libras por un trabajo. Me lo ordenarían y tendría que hacerlo por un mísero sueldo. ¿Es una razón convincente?

—Sé que te gusta el dinero, pero no te creo tan cínico... Hay otra razón. Sí... creo que, a veces, desprecias nuestros métodos.

—No siempre son muy ortodoxos.

—Hay que emplear lo que se tiene a mano... para el bien de nuestra patria y de nuestra sociedad. En el fondo, piensas lo mismo. Anda, vamos. Tengo el coche abajo. Te acompañaré a tu casa. Sé que ahora vives en la calle Crosworth, y en una casa muy poco elegante. Esto también nos servirá.

Roger no contestó. Siguió a Dale hasta la calle. Le hizo un ademán, antes de llegar al callejón, como si quisiera asegurarse de que los que habían formado parte de la partida le estuvieran esperando. Pasó delante y al llegar al callejón escudriñó los rincones. Luego, con un gesto, indicó a Dale que la vía estaba libre.

Ya en el coche, Dale comenzó a darle instrucciones.

—Mañana preséntate al viejo. Él dirige personalmente el asunto

por el que se te necesita. ¡Ah! Si tienes citas pendientes con amigos o... amigas, cancelalas, di que te vas de vacaciones, cualquier cosa.

—¿Y dónde he de pasar esas vacaciones?

—En principio, en Francia.

—Y nadie debe saber dónde voy, ¿eh?

—Eso es obvio.

—¿De qué se trata esta vez, Dale?

—Ya lo sabrás.

—¿Tienes miedo que te hayan puesto micrófonos en el coche?

—No. Dispongo de un ingenio especial para detectar los micrófonos.

—Entonces...

—Drogas —dijo Dale escuetamente.

—¡Vaya! Creí que el departamento sólo intervenía en asuntos de espionaje.

—Éste es un caso más complejo, Roger. El viejo te informará con todo detalle.

CAPÍTULO III

No era precisamente con el viejo con quién estaba Roger Lang cuando el despertador anunció, con el timbre, que eran las siete de la mañana. La persona que estaba con él era una mujer, y no vieja, precisamente. Pelirroja como él, poseía unos hermosos y grandes ojos azules y una silueta de perfectas y mareantes curvas.

Roger, sentado en la cama, observaba las perfectas piernas de la mujer.

—Ahora que empezábamos a comprendernos... —murmuró.

—Pero... ¿por qué te largas tan de repente?

—Ha muerto un pariente y me ha dejado una herencia. Si no voy, la pierdo.

—¡Hummm! Voy por el café. Debo cuidarte, por si vuelves rico y te acuerdas de mí.

Roger siguió, con la mirada, el cimbreo de la pelirroja.

—Cien mil libras, sin impuesto... si a última hora no hay rebaja.

La pelirroja asomó, y sus ojos parecían mucho más grandes de lo que ya eran en realidad.

—¿He oído bien?

—Sí, encanto. He dicho cien mil. Y voy a tomar una ducha. Necesito sentirme ágil.

Se duchó, pidió a la muchacha una toalla para secarse, luego, con la toalla enrollada en la cintura, tomó el humeante café y, por fin, agradeció con un beso las atenciones recibidas.

Abrazado a ella, Roger murmuró:

—No vas a saber de mí en algún tiempo, pero yo estaré pensando en ti.

—Eso ya lo he oído otras veces...

—Es la verdad, Grace...

—Soy una tonta. No sé por qué me preocupo por lo que dice o lo que haces... Eres un ave de paso.

—¿Y no es mejor así, Grace? Vivir, no pensar, no prometer nada y amar cuando se puede hacerlo. Amar intensamente —Roger hablaba de forma susurrante. Sabía que aquello le gustaba a Grace, que seguía en sus brazos, vencida por la fortaleza magnífica del hombre, por la belleza de su rostro curtido, por el murmullo de su vez grave y segura, a la que sabía dar la inflexión justa en cada circunstancia.

Vencida también por los besos de Roger, que parecían enloquecerla.

—No quiero pensar nada... Soy feliz a tu lado —dijo, en un murmullo, la mujer.

Él volvió a besarla.

Permanecieron juntos una eternidad.

Cuando él estaba vestido ya, y dispuesto para marchar, ella, al acompañarle a la puerta del pequeño apartamento preguntó:

—¿Cuándo te vas?

—Hoy mismo.

—¿A Francia?

—Sí.

—¿París?

—Pues, ¿por qué no? —Y le echó un beso con la mano para irse definitivamente.

—¿Podría ir contigo, Rogers?

—Pero... ¿qué dices?

—Sabes que hago las vacaciones en invierno. Mañana empiezo. Pensaba hacer un viaje, pero sola es bastante aburrido, y más en este tiempo.

—Ve a Torremolinos. Estamos en febrero y allí hay sol todo el año. Al menos eso dice la propaganda.

—¿No quieres que vaya contigo, verdad? Claro... He dicho una tontería.

Él sonrió.

—Me gustaría, Grace... Pero ya sabes... tengo que ver parientes, y todo eso...

—Yo no sería un estorbo, pero... no voy a insistir. Adiós, Roger.

—Espero llegar antes de que terminen tus vacaciones —prometió él, y marchó definitivamente.

Aquella mañana hizo otra visita antes de ir a ver al «viejo».

Estuvo en una pequeña villa de King Cross, y fue recibido por una mujer joven. Era la señora de James Clark.

—Hola, Roger... Si vienes a ver a James, ha salido ya. Está en...

—Sí, sí, lo imagino. En realidad no tengo mucho tiempo. Sólo quiero que le entregues esto. —Y en el mismo *hall de la casa alargó a la mujer un sobre bastante abultado.*

—¿Esto...?

—Sí. Hay una nota. Él ya sabe de qué se trata...

—¡Ah! —La mujer parecía un tanto aturrida. Había una cierta tristeza en sus ojos—. Perdón. No te he dicho que pases.

—Tengo prisa.

—Bueno. Como quieras. —Y quedó mirando el sobre. Roger carraspeó y luego dijo:

—Sé que no hay secretos entre James y tú... Supongo que te habló de cierta cantidad de dinero...

Ella bajó la cabeza. Era una forma de asentir.

—Está todo arreglado. No esperes a la noche para abrir ese sobre.

—¿Es... el dinero?

—Dije a James que haría los posibles para «pescar» a esa gentuza...

—¡Roger! Y te has arriesgado por...

—Me gusta el riesgo y, por un buen amigo, se pueden hacer cosas.

—Roger, ese dinero era...

—Lo sé, querida. Vuestros ahorros para la nueva casa en el mar.

—Desde que ocurrió aquello, James no es el mismo. Él sufre y yo sufro por él. Esta casa significaba mucho.

—Me lo contó todo... Y si aquella noche jugó, fue pensando en aumentar ese dinero para poder dar mayor cantidad de entrada.

—No, Roger. No es necesario que le justifiques. Fue un mal paso. Me lo contó. Está avergonzado...

—Todos nos equivocamos alguna vez. Y no me entretengo más. ¡Ah! Tengo que ausentarme por unos días. Di a James que no me llame. En donde vivo, no habrá nadie. Ya vendré por aquí, cuando regrese.

—Se lo diré, Roger. Y gracias por todo.

—¡Hasta la vista!

La última visita fue para «el viejo».

La oficina no había cambiado. El lugar tampoco, incluso la secretaria era la misma.

Al cruzar frente a ella, en el antedespacho del «viejo», Roger se preguntó si aquella mujer tendría ya cien años.

—¡Joven! Ya sabe que no se puede entrar sin ser anunciado —le recordó la vieja, cuando Roger pretendía colarse con un escueto: «Buenos días».

Las costumbres tampoco habían cambiado.

—Pero si me están aguardando, señora Peabody.

—Señorita, si no le molesta.

—¡Oh! Mil disculpas, señorita.

Ella le miró con desagrado. Nunca se habían llevado bien. Ahora habló a través del intercomunicador:

—Tiene visita. El ejem... señor Lang.

—Veo que recuerda mi nombre —sonrió Roger, y ella no hizo el menor caso.

—Ya que al fin se ha dignado venir, hágale pasar. —Gruñó una voz al otro lado del intercomunicador.

—Lo he oído, señorita Peabody —sonrió Roger, y avanzó hacia la puerta.

Pero la secretaria se le puso por delante. Según las normas, era ella quien debía ir delante del visitante, y abrir la puerta para anunciar con solemnidad:

—El señor Lang.

El «viejo», a quien todo el mundo, al hablar con él, llamaba «Coronel», estaba en compañía de otro hombre, que no resultaba desconocido para Roger y, por la forma de mirarse de ambos, se comprendía que no se profesaban una gran simpatía. Quizá ninguna.

—¿Cómo puede aguantar a esa pelmaza de secretaria? —Fueron las primeras palabras de Roger, cuando la vieja cerró la puerta.

—¡Lang! No se le ha ordenado venir para discutir sobre los caracteres de mis empleados. Siéntese.

—¡Alto, coronel! A mí nadie me ha ordenado nada. Quiero aclarar esto.

—Ejemplo. Bueno, quiero decir que...

—Acepto sus excusas, y otra cosa. Aún no he aceptado el

encargo, ni lo haré, antes de puntualizar cierta cuestión crematística...

—Sobre este punto, ya hablaremos luego...

Roger dio la vuelta, con decisión.

—Buenos días, coronel.

—¡Lang! ¿Dónde va?

—No se puede cerrar un trato sin conocer el precio de la mercancía.

El tercer hombre del despacho, alto, enjuto, de mejillas hundidas y expresión sarcástica intervino:

—Creo que se valora excesivamente, Lang...

—¿Finta usted algo en todo esto, señor Forrester? —preguntó, con rudeza, Roger.

—Si está en este despacho, Lang, es por algo —repuso el viejo—. Trate con respeto a Lyn Forrester. Tendrá que recibir sus órdenes directas en este asunto.

—No se me dijo esto...

—El señor Lang —intervino Forrester con marcado sarcasmo—, no reconoce más méritos que los suyos. Menosprecia a todo el mundo.

—Si Dale me habla de usted, doblo el precio —repuso Roger.

—Antes de autovalorarse, espere a que le tasan en su justa medida. Nosotros también tenemos derecho a examinar la mercancía...

Lo de «mercancía» no le sentó bien a Roger, que avanzó hacia Forrester, apuntándole con el dedo.

—Oiga, si empieza con sus...

—¡Silencio! Cállense los dos —atajó el coronel—. ¿Es que han perdido el juicio? Estamos ante un asunto de la máxima seriedad y ustedes ladran y ladran.

—Yo no ladro, coronel. Es su perro fiel.

—Bien, señor —cortó Forrester—, si nos decidimos a aceptar la colaboración de Lang, le tendré informado. Ahora quiero hacer la prueba. Le espero en el gimnasio, Lang.

—¿Prueba? ¿Qué prueba? —preguntó Roger, frunciendo el entrecejo.

—Su forma —sonrió Lang—. Es imprescindible... Ahora hace tiempo que no ha entrado en acción... Queremos saber si está

suficientemente preparado.

—Me gustaría que usted fuese mi contrincante, Forrester... —sonrió Roger.

—Seguro... Pero para esta ocasión, ya le he buscado un rival de mayor talla.

—Ejem... —intervino el coronel—. ¿Lo considera realmente necesario, Forrester?

—Dadas las características del trabajo, necesitamos conocer la real forma de nuestro representante.

—¡Je! ¿Por qué tanta comedia? ¡Bah! Si dejan el departamento en manos de un hombre como Forrester, Dios guarde a nuestro país... Los espías extranjeros se meterán hasta en los cajones de las mesas de la oficina.

Y Forrester, con la puerta abierta, invitó a Roger a que saliera.

—Usted primero —dijo socarronamente.

Una estrecha escalera les llevó, desde la primera planta del edificio, hasta el sótano del mismo. Todo era bastante lúgubre, como ya sabía Roger, quien comentó:

—¿Cuándo van a modernizar un poco todo esto?

—Cuando encontremos a agentes más baratos.

—Un día alguien se va a romper la crisma bajando por esos escalones.

—¿Desearía que se la rompiera alguien en particular?

—No, me importaría que fuera usted, Forrester.

Las pullas terminaron al llegar al llamado gimnasio. Era una sala rectangular, cuyas dimensiones venían a ser la mitad más o menos de la cancha de un terreno de «básquet».

En el centro había amplia lona, a un palmo del suelo. Era más ancha que las del cuadrilátero de un «ring», y sin cuerdas protectoras.

Sobre la lona había un hombre de un metro noventa de estatura, todo músculo. Su peso, según apreciación de Roger, podía estimarse en un centenar de kilos. Más o menos, unos veinte más de los que pesaba él.

—Puede empezar —sonrió Forrester.

Roger asintió. Iba a quitarse el abrigo cuando el otro, con otra sonrisa, le hizo una señal negativa con la cabeza.

—Nada de eso... Está bien así.

—¿Con abrigo? ¿No querrá que me ponga sombrero también?

—Ya sé que usted no lo usa. Vamos, Roger. Quiero ver qué tal está de forma.

De la puerta de los vestuarios salieron otro par de hombres vestidos de la misma envergadura y peso del que le aguardaba en la lona, como si de un verdugo que esperase a su víctima se tratara. Y el tipo, además, iba con pantalón corto y el torso desnudo. Es decir, con todas las ventajas de su parte.

Roger les midió con la mirada, mientras el último par estaba ya muy cerca.

—Bien. Vamos allá —comentó Roger, resignado.

Uno de los recién llegados se le puso delante, esgrimiendo un revólver.

—Alto... Primero tiene que librarse de mí, superhombre...

Se lo habían puesto realmente difícil, y Roger pensó que toda aquélla era obra de Forrester, que quería verle humillado.

Sin volverse, el pelirrojo murmuró:

—Todo esto es solamente porque desde que cierta chica llamada Grace me conoció a mí, me prefirió a usted.

Por primera vez, el rostro de Forrester cambió para expresar con rudeza el odio que hasta aquel momento sólo había demostrado con socarronería y sarcasmo.

—Eso no es cierto.

—Sí, Forrester. Usted no me lo ha perdonado.

—Demuestre lo que sabe, Lang, y no mezcle los asuntos personales.

—Cuando yo aparecí en la vida de ella, ignoraba que usted tuviese algo que ver, y no lo digo como disculpa...

—Cállese ya, Lang.

—Apuesto a que el viejo no sabe nada de esto.

—¡Vamos, atáquenle! —ordenó Forrester.

El que estaba con el del revólver sacó una navaja automática.

Roger sabía que sus rivales conocían toda clase de ardid. Sabían luchar tan bien como él, conocían el judo, el karate y los nuevos sistemas de defensa y ataque. Sólo podía superarles por astucia, una vez conociera el punto flaco de ambos, y del tercero, que seguía esperando su turno en la lona.

Roger decidió actuar. Aunque ni el del revólver fuera a

dispararle ni el del cuchillo tuviese intención de herirle, no ignoraba que podía salir mal parado del lance.

Hizo un amago, como si quisiera eliminar primero al de la navaja automática, pero cuando éste se puso en guardia para evitar la sorpresa, Roger lanzó el primer ataque contra el portador del revólver.

Con un quiebro dio la media vuelta para derribar al antagonista del arma de fuego con los pies. La sorpresa había dado resultado y, sin pérdida de tiempo, Roger se tiró sobre él para completar la acción de desarmarle.

La llave causó su efecto y el revólver dejó de ser una amenaza.

A la espalda tenía Roger al hombre de la navaja, con quien luchó tratando de evitar las acometidas.

Fue entonces cuando el de la lona entró en acción con un salto tremendo, con el que cayó sobre Roger, aplastándolo materialmente.

El abrigo era un serio impedimento para Roger y pensó que lo primero que haría en su primera fracción de segundo libre sería desprenderse de él.

Pero en estos momentos bastante tenía con intentar librarse del peso que se le había venido encima y evitar la llave con que su nuevo rival trataba de hacerle presa, utilizando otro tipo de lucha.

Roger consiguió concentrar la fuerza necesaria para hacer una contrallave.

Sus pies, de nuevo, fueron las armas decisivas para lanzar lejos a su nuevo atacante.

Se levantó rápidamente y se encontró con dos golpes precisos del que anteriormente poseía el revólver.

Forrester se animó al verle rodar por el suelo y hacerse un lío con su abrigo.

El otro gigante le golpeó en los costados y de nuevo Roger sintió el dolor de las patadas.

No había nada de fingido allí. Y así tenía que ser.

Roger aguantó, autosugestionándose a sí mismo. Era una de las enseñanzas que había aprendido. Un remedio cuando no se puede evitar el castigo.

Los golpes seguían siendo duros, y lo importante era saber aguantarlo y no desfallecer y, sobre todo, no perder el control.

De pronto, cuando vio la forma de librarse de ellos, la puso en práctica, por medio de un acrobático salto.

Se levantó impulsándose con piernas y brazos hacia el aire. Luego dio una voltereta y, antes de caer, ya había derribado a uno de sus adversarios. Retrocedió y empezó a quitarse el abrigo, cuando se le echaba encima el de la navaja.

El mismo abrigo le sirvió para arremeter contra él.

Luego pasó a batirse a brazo partido con el que iba equipado para la lucha.

Mucho más ágil sin el abrigo, encajó, pero pegó más que recibió.

Forrester estaba ya menos contento y su rostro acusó contrariedad cuando con un golpe preciso, uno de los contrincantes de Roger quedó definitivamente fuera de combate.

El de la navaja, que ya había perdido el arma, intentó una serie de golpes rápidos, con el clásico estilo del karate «un dos». Roger supo contrarrestar, con contragolpes que terminaron con su rival.

El tercero prefería la lucha más clásica y, abusando de su fortaleza, embistió con la cabeza a Roger, que aguantó bien para sacudirle varias veces con el canto de la mano derecha, y concluyó con una llave que, de forma inverosímil, hizo volar a su enemigo hasta lanzarlo contra Forrester.

El vencido no pudo evitar chocar con él y derribarle.

Roger, jadeante, sonrió al ver a Forrester por el suelo, humillado.

—¿Satisfecho, Forrester? ¿Me considera en forma suficiente?

—Se ha quitado usted el abrigo. —Fue la respuesta, mientras procuraba recuperar su dignidad.

—Lo mismo hubiese hecho en plena calle, si el ataque hubiera sido real... Y esto ha sido bastante semejante a la realidad, ¿no?

—Era necesario —repuso el otro escuetamente, abriendo la marcha para regresar.

—¡Aguarde! Ahora quiero ducharme.

—No hay tiempo. Tengo mucho que hacer.

—Pues tendrá que esperar. He satisfecho su capricho; ahora satisfaré una necesidad. Siempre me ducho, después de un entrenamiento.

Forrester tuvo que morderse la lengua.

Luego, y cuando se dirigía hacia los vestuarios, se volvió para

decir:

—¡Ah, Forrester! Grace no sabe nada de mis trabajos para este departamento. Se lo digo porque ahora que estaré ausente, si se le ocurre ir a visitarla... no lo mencione.

Forrester volvió el rostro, pero Roger no había terminado todavía de hablar.

—Tampoco sabe que usted y yo nos conocemos. Tenía que decírselo, ¿no cree? —Luego, en tono sarcástico, añadió—: de todos modos, no se haga ilusiones. Ella se aburría demasiado con usted.

CAPÍTULO IV

Forrester expuso el asunto en presencia del coronel. Roger escuchó sentado en una de las cómodas butacas del austero y anticuado despacho del jefe de aquella sección, perteneciente a una de las ramas del servicio secreto británico.

—Su hombre es Alfred Walsh. Y ésta es su foto —Forrester le pasó un retrato de un individuo más o menos de la misma edad que el propio Roger.

—¿Quién es? —preguntó devolviendo el retrato.

—¿Se ha fijado bien en él?

—Sí, soy buen fisonomista. Ya no se me olvida.

—Bien. Ese hombre es de nuestra organización, pero esto sólo lo sabemos nosotros... Y al decir nosotros, me refiero a «El coronel». «Yo» y, ahora, usted.

—Quiere decir que ni Dale...

—Ni debe saberlo tampoco —atajó Forrester.

—No vayan a decirme que no se fían de Dale —protestó Roger.

—No interrumpa, Lang —atajó el coronel—. Ya conoce nuestro sistema de trabajo. Cada cual en su sección, y los secretos mejor se guardan no conociéndolos.

—Dale conoce algo del caso, pero no todo —adujo Forrester—. Sabe, por ejemplo, que usted tiene que ir a Francia.

—Me habló de drogas —dijo Roger.

—Todo a su tiempo —intervino el coronel—. Siga, Forrester.

El aludido prosiguió:

—Ese hombre llegó a introducirse en una banda de distribuidores de droga que operan en Marsella. Digamos que llegó hasta la base intermedia de operaciones, los peces medianos. Su objetivo era alcanzar lo más alto, pero algo ha fallado.

—¡Un momento! Entonces... ¿es de verdad que se trata de un asunto de drogas?

—El asunto no es propiamente de drogas, Lang —terció el coronel—, y no interrumpa, canastos. Deje que se le explique las cosas. No sea impaciente.

Prosiguió Lyn Forrester:

—Walsh iba detrás

NB-4.

Es un nombre clave. NB-4 es agente nuestro, del que tenemos sospechas se ha pasado al enemigo. Secretos importantes que sólo conocía él, ahora son del dominio de otras potencias.

Y tras una pausa, añadió:

—NB-4 pretendía jugar con dos barajas. Es decir, continuar con nosotros y ser agente doble, pero sospeché que le habíamos descubierto y tuvo buen cuidado en ocultarse.

Otra pausa, y de nuevo continuó la explicación:

—Lanzamos a Walsh tras el traidor. Confiábamos en el éxito porque se trata de un agente relativamente nuevo y absolutamente desconocido. De ello tenemos la más completa certeza.

—Bien —siguió—. Las pistas de Walsh le condujeron a Marsella, en los bajos fondos, y allí se vio enredado con los traficantes de drogas. Siguió el juego porque vio la oportunidad de descubrir algo importante, que le llevara hasta el escondrijo de

NB-4,

hasta que la policía le detuvo durante una redada, junto con otros.

Roger interrumpió esta vez para preguntar:

—¿Se supone que

NB-4

está relacionado con los traficantes de drogas?

—Es posible, pero esto sólo lo sabe Walsh, a quien, como mínimo, pueden salirle hasta diez años de cárcel.

El coronel adujo, por su parte:

—Como comprenderá, no podemos intervenir en su favor sin levantar sospechas. Si la policía francesa le dejara libre, los agentes enemigos comprenderían enseguida que se trataba de un agente.

—¿Comprende cuál es su trabajo? —preguntó Forrester, a su vez.

—¿Pretenden que yo... rescate a Walsh? —inquirió Roger, enarcando las cejas.

—Exactamente, y tendrá que hacerlo solo, sin ayuda de nadie —

puntualizó Forrester. Y Roger atajó enseguida:

—¡Vaya! Ahora veo que son ustedes los que me sobrestiman. ¿Cómo piensan que podré asaltar la cárcel? Porque Walsh estará en la cárcel, ¿verdad?

—En espera de juicio —repuso Forrester.

—Bueno, pero es una cárcel, y francesa, además... Yo sólo he estado un par de veces en Francia, y no en Marsella, precisamente.

—No es en Marsella, sino en París, donde tendrá que actuar —explicó Forrester—. Y tampoco tendrá necesidad de asaltar una cárcel... No quiero decir que le resulte fácil, pero tiene algunas probabilidades...

—Probabilidades de que la policía francesa me acribille a balazos o de que, si me pescan, me metan en la cárcel, y ustedes sin moverse de sus asientos, ¿no? Porque si la ayuda que me prestan a mí es igual a la que le espera a ese Walsh, ¡estoy bien arreglado!

—Se desamina muy pronto —sonrió Forrester—. ¿Dónde están sus arrestos?

—Se puede ser temerario, cuando hay posibilidades... Ahora se trata de enfrentarme nada menos que a la ley.

—Por una causa.

—¿Y no sería más fácil preparar la fuga en colaboración con la policía francesa? —inquirió Roger.

—Podría intentarse, desde luego, pero esa clase de fugas se huelen. Ya ha ocurrido otras veces... Si se quiere dar sensación de autenticidad, hay que obrar con autenticidad también.

Roger lanzó un suspiro.

—Poseemos algunos datos, informes... —Adujo Forrester—. Podrán ayudarle algo. —Y con sorna añadió—: lo demás es cosa suya. Se le ha elegido precisamente porque se le tiene por hombre inteligente.

—Viniendo de usted, Forrester, debo aceptarlo como el mejor de los cumplidos. Veamos esos informes.

El coronel intervino:

—Sí, pásele la película...

Una pantalla enrollable fue desplegada en el mismo despacho. Forrester tenía ya la película puesta en el proyector.

En las primeras escenas del rollo podía verse una calle francesa con bastante tránsito. Por el fondo se aproximaba un coche celular.

—Éste es uno de los coches de la policía francesa. Dentro de dos días, el 7 de febrero exactamente, Walsh será trasladado para ser juzgado.

En la película proseguía el recorrido del coche, que se detenía delante del palacio de Justicia. De él descendían dos hombres que seguramente tenían que ser juzgados.

Ambos detenidos estaban escoltados por dos policías que surgieron del interior del coche celular en el que, además, viajaban otros dos agentes, uno de los cuales era el conductor del vehículo.

—Le hemos mostrado el camino que normalmente recorre el coche celular. ¿Tiene usted cámara? Puede pasar la película tantas veces como desee para aprenderse de memoria ese recorrido.

—¿Ésa es toda la ayuda que recibiré por su parte?

—Exacto —dijo Forrester.

—El 7 de febrero, una fecha. Y el recorrido de un coche... ¡Je!

—Más información, hubiera podido levantar sospechas. Si

NB-4

está detrás de todo esto, olería enseguida nuestra intervención.

—¿Y esos datos?

—Una amiga de Walsh. Una francesa. Pero esto no llegó a través de ella. Hizo un largo recorrido hasta que uno de nuestros agentes nos lo remitió, por valija diplomática. Nosotros le habíamos pedido información previa primero.

Roger, tras quedar pensativo, preguntó:

—¿Sabe Walsh que preparan eso?

—Por supuesto, no. Es posible que espere algo. Nuestros hombres saben que, en los casos de apuro, nunca les abandonamos definitivamente y que, en la medida de nuestras posibilidades...

—Ya, ya —cortó Roger al coronel—. Y si yo fracaso...

—Tiene que correr el riesgo... Nosotros hemos aceptado sus condiciones. NB-4 es muy importante.

—Ya veo.

—Y muy listo.

—¿Y si fallara la fecha del siete?

—Es poco probable. Está fijada para el comienzo de la vista.

—¿Y por qué en París? ¿No fue detenido en Marsella?

—No. Entonces estaba en París y si se hallaba allí, debía ser por algo importante que pudo descubrir. Estamos casi seguros. —Y

ahora era Forrester el que hablaba—, de que Walsh estaba muy cerca de encontrar el escondrijo de
NB-4...

si es que no lo había encontrado ya.

Roger se puso en pie. Pidió la cinta y, dispuesto a marcharse, preguntó:

—Y a todo esto, ¿quién es

NB-4?

La respuesta de Forrester no pudo ser más expresiva:

—Eso, Lana, lo sabrá usted si consigue rescatar a Walsh.

CAPÍTULO V

No. La verdad es que no le concedían muchas esperanzas. No se necesitaba ser un lince para comprender que aquel intento no era sino una maniobra a la desesperada, pero que demostraba, sin lugar a dudas, la importancia del misterioso

NB-4.

Sí. NB-4 valía. —Al menos para Roger—, cien mil libras esterlinas, y para los servicios de seguridad, su valor debía ser incontable.

Necesitaban al agente traidor, al que, además, consideraban tan listo como para llevar el asunto con el máximo secreto.

Bueno, y necesitaban también a Walsh porque era el único que podía llevarles hasta

NB-4...

Y todo tenía que ser realizado sin colaboración oficial...

Roger pensaba todo esto mientras, en su apartamento de la calle Grosworth, detrás del proyector y frente a la cámara, pasaba y repasaba la película en la que se veía la ruta del coche celular francés.

Llegado el momento, Roger tendría que enfrentarse a la policía como si fuese realmente un delincuente que pretende rescatar a un compañero.

Habría disparos...

Si todo salía bien, Roger sería perseguido, junto con Walsh. Ambos serían considerados como peligrosos.

—Claro —se dijo a sí mismo—. Eso es lo que, quieren... Si logro sacar a Walsh, él sabrá quién puede protegernos y ayudarnos, quizá una persona próxima a

NB-4...

o quizá el propio

NB-4...

Sí... el juego es bueno, pero arriesgado. Muy arriesgado.

Y peligroso...

De pronto, Roger pensó en algo, y saltó al teléfono. Recordaba, de memoria, un número especial para llamadas de emergencia.

Dio la clave y salió de la casa para tomar un taxi, después de haber dado un rodeo, asegurándose de que nadie iba tras él.

Era lógico que lo hiciera; a partir de aquel momento ya debía estar preparado para cualquier contingencia y, sobre todo, acostumbrarse a tomar precauciones.

En uno de los muelles de la Bahía del Tigre, encontró al hombrecillo de aspecto insignificante.

—¡Eh! ¿Es usted el señor Lang, verdad? Sí, tiene que ser usted...

—¿Y usted quién demonios es?

—Mi nombre importa poco. Me envía el señor Forrester. ¡Uf! Cuánto trabajo me ha dado usted. Sólo teníamos una fotografía suya en el archivo...

—Bueno. Menos mal que Forrester adivinó lo que quería...

—¡Je, je! Es muy listo el señor Forrester.

—Si usted opina así...

—Tome, tome. Guarde esto. —Le dio un sobre abultado—. Pasaporte, documentos varios, billetes del metro de París... una entrada de cine, también de París... francos franceses... Bueno, supongo que no falta nada. Compruébelo en su casa... Adiós. Yo tengo que irme. ¡Ah! Me olvidaba lo más importante. El señor Forrester dijo que tome usted el avión hasta cualquier ciudad de Suiza, y lo haga con su nombre auténtico. Alquile un coche y cruce la frontera con él. Es casi seguro que de este modo no le exigirán el pasaporte.

—¿Tan poco confía en él?

—¡Oh, no! Es perfecto. Los hago yo mismo. Le aseguro que es imposible distinguirlos de los que expenden los franceses. De veras. Buena suerte, señor Lang.

Y el hombrecillo marchó rápidamente, dando saltitos.

El especialista en facilitar la documentación a los agentes había dicho: «Es imposible distinguirlos de los que expenden los franceses». Roger recalcó aquello cuando regresaba a su casa. Allí abrió el sobre. Era ya tarde para pedir un nuevo cambio, pero lo cierto es que le habían facilitado una carta de identidad francesa

con su fotografía y a nombre de Pierre Dubarrie, con domicilio en París.

Roger, sin poderse contener, exclamó:

—¡Pero si yo apenas sé hablar francés!

Salió a la mañana siguiente. Tenía el tiempo muy justo y todavía necesitaba recorrer el terreno con su propio pie para confeccionar el plan de ataque.

Contaba estar en la capital del Sena a primeras horas de la tarde, tras su escala en Suiza, de cuyas ciudades había elegido Ginebra, por ser la más próxima de la capital francesa.

Subía ya la escalera del avión, cuando una voz lejana gritó su nombre.

Se volvió.

Alguien venía corriendo:

—James Clark —exclamó, al reconocer a su amigo. James llegó jadeante.

—¡Mi hecho adrede, hubiese salido así! Esto sí que es como para celebrarlo —exclamó el recién llegado.

—No me digas que vas a tomar ese avión.

—Voy a Ginebra...

Aquel encuentro era una contrariedad. No porque le molestara la compañía de su buen amigo, simplemente porque tendría que esquivar cualquier pregunta que le formulara.

—Pero... ¿qué se te ha perdido en Ginebra?

—El laboratorio. Tenían que mandar a alguien y me han elegido a mí. Estaré un par de días. Hubiese querido llevarme a Sarah, pero ya sabes que estamos de ahorros. Por cierto, no sé cómo agradecerte...

Ocuparon plazas contiguas. La azafata lo arregló para que no tuvieran que estar separados.

El avión se puso en marcha... James mostraba, por enésima vez, su reconocimiento.

—Cuando Sarah me telefoneó ayer intenté localizarte...

—Estuve un poco ocupado.

—Roger... esas mil libras son para la casa, que no es un capricho. El médico recomendó que, para la salud de Sarah, le convenía vivir cerca del mar.

—Pero si a mí no tienes que darme ninguna explicación,

James...

—Cada vez que pienso en aquella noche... No, sé lo que me ocurrió. Perdí la cabeza. Creo que fue algo más que el alcohol.

—No pienses más. James. Olvídalo.

—Es que ahora me parece todo como una pesadilla... Creo que... que me drogaron. No sé...

—Vamos, vamos... Hablaremos de otra cosa.

—Tienes razón, Roger. Sí, es mejor hablar de otra cosa... Pero ¿por qué vas tú a Suiza?

Roger pensó que ya empezaban las preguntas y, en consecuencia, tendrían que comenzar también las evasivas.

—Bueno. Ya sabes que soy inquieto. Me gusta viajar, cuando puedo.

—Bien que haces. Tú no debes dar cuentas a nadie. Eres soltero... Claro que algún día una de esas conquistas que tan bien se te dan, te echará las redes y quedarás atrapado.

—No digo que no, pero entretanto...

James no insistió en hacer preguntas, pero los nuevos problemas se presentaron al salir de la aduana, tras mostrar los pasaportes. Había que tomar un taxi para ir al hotel.

—Me han reservado habitación en el Leman. ¿Dónde piensas hospedarte tú? Puedes venir conmigo. Tendré muchas horas libres... Cuando se llega a una tierra extraña, es agradable tener compañía.

—La verdad es que no pensaba quedarme a dormir aquí...

—Bueno, si es que tienes un plan...

—No, no... Bueno, la verdad, James. Tú eres un buen amigo, y no tengo que andar con tonterías. Tengo un plan. —Le guiñó un ojo y añadió—: A veces, tres personas pueden ser una multitud.

—¡Granuja! Haberlo dicho antes —sonrió James.

Estaba ya por el centro. Roger observó que pasaban cerca de una casa de alquiler de automóviles, y pidió al chófer:

—Yo ya he llegado. Pare —lo dijo con un francés muy dificultoso, pero el conductor le entendió, y detuvo el coche. Allí se despidió Roger de su amigo.

—¿Volveremos a vernos en Ginebra o...? —empezó James.

—Pues... creo que no. Feliz estancia.

—Igualmente.

Le quedaban, muchas cosas que hacer. Cambiar su indumentaria, dejar algunas cosas. —Como su verdadero pasaporte y documentos en un maletín, y depositarlo en la consigna—, y por fin, alquilar el coche.

En la casa de alquiler de autos mostró, por primera vez, la carta de identidad que le presentaba como ciudadano francés.

Con el automóvil se dirigió a la estación de Cornavin. En los lavabos cambió su ropa habitual, traje, chaqueta, camisa, corbata, abrigo, etc..., por un pantalón de pana ajustado, jersey cuello cisne y chaqueta de cuero. Sus zapatos se convirtieron en botas al uso, y dejó que el pelo cayera ligeramente sobre su frente.

Por último, guardó todo lo que pudiera identificarle como inglés, y volvió al coche para tomar la ruta de Francia.

En total había invertido veinte minutos desde que dejó a James.

Ahora, al pasar junto al hotel en que se hospedaba, pensó en la casualidad de aquel encuentro.

Frenó en la esquina siguiente frente al semáforo rojo y no advirtió que precisamente James, tratando de orientarse, desde la acera próxima al lago, acababa de verle en el coche.

Le llamó haciéndole señas, pero cuando Roger se volvió, un camión con «tráiler» le tapó la vista. Luego, la luz del semáforo cambió a verde, y aceleró.

James había advertido perfectamente el cambio de indumentaria de su amigo. También se fijó en el coche. Un «Mercedes». Vagamente recordaría algo de la matrícula, GE 235... Y el distintivo internacional: CH.

Frente a James estaban los indicadores urbanos. En la ruta que seguía Roger podía leerse: A FRANCIA...

CAPÍTULO VI

Más de quinientos kilómetros de ruta le separaban de su meta.

En la frontera se limitó a sacar la carta de identidad, pero no llegó a mostrarla.

—Allez! —*dijo* el gendarme.

Al volante, ya sobre el asfalto galo, Roger perfilaba su plan, que tenía que realizar contra reloj.

Eran las diez y cuarenta minutos de la mañana. El cuentakilómetros a menudo alcanzaba los ciento cuarenta kilómetros, pero tenía que retener la marcha. Los indicadores prohibían aquella velocidad en evitación de accidentes. Roger era un buen conductor, estaba seguro de sí mismo, pero cometiendo una infracción podía atraer a la policía, y no le convenía... todavía.

En la autopista ya fue distinto. Allí pisó a fondo. La aguja llegó a oscilar entre los ciento setenta y los ciento ochenta. Llevaba un buen promedio.

Mentalmente pensaba en los pasos que tenía que recorrer, pero ante todo intentar ver a Walsh, advertirle. Necesitaría un permiso.

Se detuvo un minuto justo para extraer del automático de un parador un par de bocadillos y una cerveza.

Comió y bebió sin bajar de los ciento cincuenta para aumentar, tras el necesario refrigerio, y volver alcanzar los ciento setenta.

A las 14'55 hacia su entrada a la capital de Francia. A marcha moderada recorrió algunas calles hasta encontrar la que le pareció idónea para dejar aparcado el vehículo.

Anduvo una esquina y vio el hotel. Era de tipo modesto. Se dispuso a tomar una habitación.

Procuró expresarse con su mejor francés, pero como se le notaba claramente su acento foráneo, fingió una afección y, con gestos y ademanes, dio a entender que no podía hablar demasiado.

Le pidieron la carta de identidad, con la que rellenó la ficha;

luego salió a la calle.

Dos horas más tarde había recorrido un par de veces la ruta del coche celular.

A las seis de la tarde estaba en el reservado de un bar, en cuyo velador dibujaba un croquis y marcaba unos puntos.

Veinte minutos más tarde se hallaba en presencia de un oficial de la prisión preventiva.

—Lo siento, necesita un permiso especial. Sólo se expiden por la mañana —dijo el oficial.

—Verá, señor. Walsh es amigo mío. Yo, habitualmente, no resido aquí.

—¿No puede hablar más claro?

Walsh empleaba el truco de la voz, intentando disimular sus escasos conocimientos del idioma galo.

—La... garganta...

—¿De qué país es usted? —preguntó el oficial.

—Aleman —repuso Rogers, rogando para que su interlocutor no supiera ni una palabra en el idioma de Wagner.

No. No sabía.

—Lo siento. Yo no puedo dejarle pasar —repuso definitivamente el oficial.

—¿Puede darle un recado?

Al decirlo, mostró algunos billetes franceses. Y añadió:

—Si me aceptara usted...

—¿Trata de sobornarme?

—¡Oh, no! Es un donativo para los huérfanos del cuerpo de prisiones...

Dejó un par de billetes de cien francos y al fin se decidió a añadirle un tercero.

—Dígale, por favor, a Walsh, que su amigo Dubarrie está aquí, y que mañana estará en el juicio para no perder detalle.

—Bueno... Veré lo que puedo hacer —repuso el oficial.

Roger salió. Ahora, el oficial ya podría describirle. Se acordaría de él por la afonía, por el mal francés, por haberle dicho que era alemán y por llamarse Dubarrie y por los tres billetes de cien para los huérfanos del cuerpo de prisiones.

También en un hotel de la «rue Fontier» le identificarían. Así. Todo eso podía tener su importancia.

A las seis cuarenta y cinco entraba en una *boîte*, y cinco minutos después, organizaba un escándalo por una chica.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Has venido a armar jaleo? —le dijo un «beatnik», en versión francesa.

—He venido a bailar con las chicas que me gusten...

—Pues búscate otra. Ésta ya está comprometida.

Pero Roger seguía apretando la cintura de la muchacha a la que tampoco parecía desagradarle su pareja.

Pero el acompañante de la francesa se sintió herido en su amor propio, y además, allí estaban sus amigos.

—No pienso dejarla —aseguró Roger.

—Estás pidiendo, a gritos, que te den una lección. Evidentemente, los matones no sabían con quién se jugaban los cuartos, pero Roger no se mostró abusón.

Había procurado que el fotógrafo le hiciera un par de fotos cuando bailaba con la chica y éste había sido, también, un buen detalle.

Ahora había empezado la pelea.

El francés, que formaba pareja con la chica, apretó la mano derecha, e imprimió toda la fuerza posible, con la intención de machacar el rostro de Roger.

El agente a sueldo de los servicios secretos británicos esquivó de forma profesional. Aquello, para él, era poco menos que un juego de niños.

Paró otro intento de su enemigo de llegarle al rostro, y contraatacó con un golpe a distancia media, sin deseos expresos de terminar aún la lucha.

El rival se encorajinó, tras encajar el directo, y se lanzó, furioso, a un ataque sin técnica.

Roger, como si de un entrenamiento se tratara, no perdió la sonrisa de los labios, ni siquiera cuando el acompañante de la chica, en honor de la cual tenía lugar la pelea, se vio ayudado por otros tres compañeros.

—Eso se pone bueno —murmuró Roger para sí.

Se liberó de los dos primeros mediante golpes adormecedores, luego pegó bien al tercero, que había esgrimido una navaja.

—En eso te has colado, amigo.

El cuarto. —El acompañante—, recibió un gancho que le mandó

contra los músicos, derribando atriles y sillas.

Roger dio la lucha por terminada antes de que hiciera acto de presencia la policía.

Estaba convencido de que ninguno de los que habían intervenido en la lucha, ni los que estuvieron próximos a ella, olvidarían su rostro.

Antes de marcharse definitivamente, y para que la chica tampoco le olvidara del todo, se aproximó a ella y le guiñó un ojo.

—Esto no lo hago con todas. Puedes estar segura. —Y dicho esto se arrimó cuanto pudo y la besó.

La muchacha se quedó prácticamente sin aliento.

Tenía todavía los ojos cerrados cuando Roger, desde la puerta, levantó la voz para decir:

—Puedes despertarte, hermosura. El sueño ha terminado. Se largó.

Fue directamente a su hotel. Ya había hecho bastante durante las pocas horas que llevaba en París.

No volvió a moverse en toda la noche. Lo hecho había sido sólo un prólogo. La acción empezaba al día siguiente, cuando trasladaran a Walsh al Palacio de Justicia.

Sí. Entonces sería lo bueno.

CAPÍTULO VII

Eran las seis de la mañana cuando Roger estaba en la parada de camiones y cerraba trato con uno de los chóferes.

—De acuerdo —dijo—. Ahí van doscientos francos. El resto, hasta los mil, lo tendrás después del trabajo.

El conductor, un hombre joven y un tanto escéptico, miró la moneda y murmuró:

—¿No vamos a hacer nada ilegal, verdad?

—¿Te importaría mucho? Por mil francos... Tú siempre puedes alegar ignorancia...

—¿Un atraco? —inquirió el chófer.

—Preguntas demasiado.

—Oiga, oiga...

—Es sólo un transporte. Tú eres transportista, ¿no?

—¿Qué clase de mercancías?

—Naranjas... ¿Satisfecho?

—¡Naranjas! Bien... Trato hecho —repuso el conductor.

Roger ya tenía medio asunto en marcha. Todavía le quedaba tiempo por delante.

Veinte minutos más tarde cerraba tratos con un importador de naranjas españolas, que no comprendía muy bien la transacción.

—¡Oiga! ¿De veras quiere vender esas naranjas a España?

—En la mismísima Valencia.

—Usted bromea.

—Cuando pago dinero contante y sonante, nunca gasto bromas, amigo.

El hombre se aseguró de que los billetes que le había entregado Roger eran buenos, y se dispuso a separar las cajas de naranjas por las que el inglés había pagado sin regatear ni un céntimo.

A las siete, Roger tomaba café en un bar, donde tuvo que esperar veinte minutos hasta que llegó el hombre que esperaba.

—Me envía Simón...

—¿Quién es Simón? —inquirió el inglés.

—El chófer de camión que usted ha contratado...

—¡Oh, sí, sí, perdone! ¿Tiene el coche?

—Pues sí... Pero... Lo que no comprendo es por qué no puede usted alquilarse uno...

—Se lo alquilo a usted. Mil francos por un día. Lo tendrá antes de la noche. Supongo que la documentación está en regla, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

—Pues hágame una autorización para conducirlo. No quiero problemas.

Dio el nombre de Dubarrie, y el otro, ante la vista de los mil francos que Roger exhibía en la mano, le firmó la autorización en un papel corriente, que le facilitó el inglés.

—Esto bastará. Ponga el número de su carta de identidad y los datos del coche.

El otro preguntó:

—¿Se va a España?

—Sólo hasta la frontera. Tendrá el coche antes de la noche. Se lo aseguro.

—Bueno... Se lo presto porque Simón me lo ha pedido. La verdad es que...

—La verdad —cortó Roger—, es que es un buen negocio para usted.

El otro terminó de cumplimentar los papeles y añadió:

—El auto está fuera.

—Las llaves...

—¡Ah, sí! Ahí las tiene. —Y el propietario del vehículo que acababa de alquilar Roger le entregó las llaves.

Bien. Todo estaba resuelto. Por lo menos, los prolegómenos. Sólo faltaba un detalle que puso en claro por teléfono, cuando Simón le llamó, otros veinte minutos más tarde, para comunicarle:

—La mercancía está cargada.

—Bien, Simón; ahora, atiende bien...

Simón escuchó las instrucciones y Roger, tras darlas, colgó.

A las ocho y media de la misma mañana, Roger liquidaba la cuenta del hotel, «olvidándose» un maletín, con algunos objetos personales... Bueno, lo que se olvidó bastaba para identificarle

como «*Monsieur Dubarrie*».

«Un francés que no sabe francés, y finge estar afónico» —pensó para sí el encargado del hotel.

A Roger le quedaba el tiempo justo y lo aprovechó para lo último que le quedaba por hacer.

Alquiló una habitación en un hotel de la Rue Caumartin y, provisto de los ingredientes que había adquirido, encerrado en su habitación, fabricó «algo», para lo cual necesitó unos botes de conserva, que pidió a la cocina del hotel.

Dio una buena propina para que le facilitasen hasta cinco botes de mermelada de tamaño de medio kilogramo. Vació los botes, hizo unas mezclas y, media hora más tarde, se sintió satisfecho de un trabajo.

Toda su acción había sido contra reloj. Le gustaba hacer las cosas así.

Luego venía el epílogo de la preparación. Sacó unos planos de la ruta del automóvil celular, hizo unas marcas y las dejó sobre la mesita.

En los planos se mencionaban nombres de calles, de tiendas por las que debía cruzar el coche al que se proponía asaltar y otros detalles de interés.

Por último extrajo de una cajita que llevaba consigo y que había pasado fácilmente la aduana como cualquier cosa poco abultada, que se lleva en el bolsillo, un inyectable de plástico, lo rompió y vació el contenido en el lavabo. Luego dejó el resto tras la taza del *water*.

Todo estaba completo.

Roger sonrió, pensando en las pistas dejadas... La policía, por ejemplo, deduciría, llegado el momento, que aquella habitación había sido ocupada por un toxicómano... amigo de Walsh, ya que también hallarían arrugado, y en la papelería, el plano del auto celular al que posteriormente Roger debía asaltar.

Las anteriores pruebas denunciarían a Roger como un tipo violento. (La reyerta en la *boîte*).

Su preparación del asalto al automóvil judicial... y los medios utilizados, empleando a personas inocentes para proceder a dicho asalto.

Ahora sólo faltaba que todo saliera bien.

Salió de la habitación y pidió hablar por teléfono, en presencia del conserje.

—Perpignan. Hotel Lacouste —pidió.

Levantando la voz para que el conserje pudiera oírle, pidió una reserva de dos habitaciones para la noche del mismo día. Luego, colgó.

Era el fin de la coartada.

—Ahora, manos a la obra —se dijo.

Eran las nueve y veinte minutos. La hora precisa para el momento definitivo. Allí se vería si su astucia era la requerida para el paso que iba a dar.

El coche celular salió más o menos a la hora prevista, y comenzó a recorrer las calles acostumbradas.

Al llegar a la altura de la Faucet, abandonó el recorrido normal a consecuencia de unas obras.

Roger, que seguía el coche judicial a escasa distancia, frunció el entrecejo. Las cosas comenzaban a fallar.

Mentalmente recordó el croquis de la ruta y pensó:

—Si dobla la primera esquina, todo saldrá bien.

El coche al que seguía se detuvo ante un semáforo. Roger consultó la hora y lanzó un suspiro. ¿Por qué las cosas no salían siempre conforme lo planeado?

El semáforo cambió el rojo por el verde, y el automóvil celular continuó la ruta hasta la primera esquina. Pareció que hubo una vacilación por parte del conductor, que al fin optó por doblar a su derecha.

Roger lanzó un suspiro de alivio. No se había perdido nada.

Siguió detrás.

Nueva parada, en la inmediata esquina.

—Ahora, otra vez a la izquierda —dijo para sí—. Vamos... hacia la izquierda.

El auto siguió su ruta.

—¡A la izquierda, imbécil! —Casi gritó Roger, en el auto alquilado por mediación del amigo de Simón.

Pero el coche celular siguió calle abajo.

—¡Oh, no! —exclamó Roger.

Pasó una calle, luego otra...

Roger suspiró. Todo se iba al traste...

Al llegar a la siguiente esquina, las obras impedían el paso, e indicaban que se siguiera por la derecha.

Se estaban apartando de la ruta, pero Roger siguió detrás. Consultó el reloj de nuevo. El tiempo se le echaba encima. Todo lo cronometrado se iba por los suelos.

Otro indicador. Retrocedían lo avanzado. Las cosas se ponían nuevamente bien.

El auto celular, al llegar a la esquina, estuvo a punto de chocar con el autobús del servicio público, y tuvo que frenar bruscamente, tanto que, por poco, Roger le embiste. El gendarme que iba al lado del conductor asomó la cabeza, mirando hacia atrás. Roger se asomó por la ventanilla y le saludó con un gesto y una sonrisa.

—Ahora a la derecha, imbécil —pensó, en voz alta, el inglés.

Y el policía no le obedeció para darle la razón, sino porque ya no tenía por dónde echar.

Recorrieron prácticamente lo andado, hasta alcanzar la calle descendente.

—Ahora, todo seguido —se dijo Roger.

El conductor delantero obedeció porque, de hecho, era la ruta más corta.

Roger suspiró de nuevo. Todo iba bien.

El semáforo en rojo les detuvo otra vez. El coche celular hizo la señal con el intermitente, indicando que iba a virar. Roger sonrió. Era el momento de tomar la delantera. Ahora ya no existía duda alguna. Sólo había una ruta fija a seguir.

Aceleró y pasó antes que el semáforo se colocara en verde. Siguió dándole gas al vehículo hasta la esquina prevista. Allí estaba el camión que había alquilado, con Simón al volante.

Roger metió el coche en la calle, en dirección prohibida.

—¡Eh! ¿Qué hace? —preguntó, desde la cabina, el del camión.

—No se preocupe. Siga adelante.

—Oiga, pero...

—¡Vamos, vamos, Simón...! Llevamos algún retraso.

—Allá usted —repuso Simón. Él iba bien. El que estaba mal era Roger, pero enseguida se había detenido, guardando la distancia entre los coches allí aparcados.

Simón dio la vuelta en la calle de escasa altura, cuando se estaba acercando el coche celular.

Roger había salido de su automóvil para observar de cerca la situación.

Cuando creyó que había llegado el momento de actuar, volvió rápidamente al coche, lo puso en marcha y salió en dirección prohibida hacia la otra esquina.

Dobló rápidamente y siguió en dirección a la travesía siguiente. Llegó a tiempo para cortar la marcha al camión de Simón, que llegaba en aquellos instantes.

Simón hizo un brusco frenazo, tan brusco, que obligó al conductor del coche celular a meterse casi empotrado en el vehículo que le precedía.

El vehículo era, justamente, el camión.

—¡Eh! ¡Maldita sea! —gritó Simón.

El gendarme que iba al lado del conductor celular abrió la puerta, y saltó a la calle para protestar a su vez.

Roger ya había salido del coche con el maletín donde llevaba lo que poco antes preparó en el hotel.

Era el momento culminante. Ahí ya no cabían fallos de ninguna clase. Un solo error lo condenaría todo al fracaso...

CAPÍTULO VIII

—¿Es que no han visto que he tenido que frenar? —exclamaba el conductor del camión.

—Bueno, circule, circule —respondió el gendarme.

Al mismo tiempo, Roger sacaba de su pequeño maletín uno de los botes de conserva que había estado preparando en el hotel de la calle Caumartin.

Arrojó uno de ellos entre el camión y el coche celular.

La mezcla realizada por el agente inglés hizo su efecto, y todo comenzó a llenarse de humo rápidamente.

Un nuevo bote, colocado al lado del coche judicial, convirtió la atmósfera en algo irrespirable.

Luego, el gendarme que estaba hablando con Simón, se vio encañonado por un hombre, provisto de una careta adecuada para poder subsistir en aquel ambiente enrarecido.

Roger, tras la careta, sonrió.

—¡Vamos! Abra la puerta trasera... —ordenó.

Le empujó para obligarle. Apenas era necesario porque, a falta del aire, el gendarme estaba a su entera voluntad.

Todo transcurrió en los segundos precisos. Menos aún de los calculados por Roger.

La puerta trasera del auto celular quedó abierta. El revólver de Roger amenazaba a los guardianes que custodiaban al preso. El preso era Walsh. El hombre al que en esos momentos estaba liberando Roger.

—¡Deprisa! —indicó el joven.

Walsh no se hizo de rogar.

—Toma. —Y Roger le entregó el tercer bote, guardándose el último par.

Walsh comprendió de lo que se trataba y lo arrojó mientras seguía a su salvador.

Sortearon los coches y llegaron hasta el automóvil alquilado por Roger, quien antes de ponerlo en marcha, arrojó el cuarto bote de conserva para hacer más densa la humareda.

Cuando las armas de los agentes de la ley comenzaron a tabletear, Roger, Walsh y el coche alquilado se hallaban ya bastante lejos de la encrucijada.

—¿Te dieron el recado? —preguntó Roger.

—Sí... Y supuse algo... Apenas he pegado un ojo en toda la noche... Lo malo de este oficio es no saber nunca por dónde va a llegarte la ayuda.

—No puedes tener queja...

—No, claro... Pero no estaré tranquilo hasta que me vea lejos de París... En Dover, si es posible...

—No vamos allí, precisamente.

—Lo supongo... Rue Delcols...

—¿Cómo?

—Es un lugar seguro. Ivette. Es una chica de confianza. Rué Delcols. El veintisiete.

—No, amigo... Olvídate de ella.

—¿Dónde pretender ir?

—Oficialmente, a la frontera española.

—¿Por qué?

—He dicho oficialmente. Ahora cierra el pico. No tardarán en dar la noticia...

—¿Y piensas utilizar siempre ese automóvil?

—No me han buscado a mí para este asunto por mis ideas retrógradas... Anda. Ya puedes bajar. —Y Roger había detenido el automóvil a escasa distancia de donde tenía el suyo, alquilado en Suiza.

Cambiaron de coche y Roger nuevamente al volante, pisó el acelerador buscando una de las salidas de la capital francesa.

—¿A Suiza? —inquirió Walsh.

—Si todo sale bien, sí... Pero antes tenemos que hacer algo...

—¡Eh! Ésta no es la ruta de Suiza —protestó Walsh—. Vamos hacia el Sur.

—¿De veras? —inquirió, sarcástico, Roger.

Poco después, y cerca del mercado central, Roger se detuvo para dejar un par de sobres en un bar, dinero y una nota para dos

personas. Simón y el propietario del auto que utilizó en primer lugar.

Al volver al coche de matrícula suiza, murmuró:

—No dejes nunca deudas atrasadas —dijo, con lo que se indicaba a sí mismo que acababa de pagar lo que había contratado.

Luego, sí. Luego, tomó la ruta hacia la frontera suiza por el lado de Ginebra, justo por donde había salido.

A unos doscientos kilómetros de París, y después de haber facilitado ropa nueva a Walsh, se detuvieron en pleno bosque.

Roger apartó el coche de la carretera principal, lo dejó en lugar disimulado y, de una especie de botiquín, sacó *whisky*.

—Escocés. El número uno de los caldos sintéticos... Anda, toma un trago. A los dos nos conviene.

Walsh trasegó de la propia botella. Luego, Roger le imitó del mismo modo.

Sin cambiar palabra, Roger puso la radio. Daban música. Buscó otra emisora y otra.

—Es temprano. Hemos llevado un buen ritmo —dijo Walsh—. Apenas llevamos dos horas y media de camino. Todavía no han tenido tiempo de dar la alarma... —Y ante el silencio de Roger, preguntó—: ¿Por qué a Suiza?

—Para devolver el coche, y cambiarlo por otro. Nunca se sabe...

Luego se entretuvo en hacer un pequeño fuego, y en él quemó su pasaporte falso.

Walsh sonrió.

—Bueno... Eres un tipo listo y expeditivo... ¿Cómo te llamas?

—Roger Lang.

—Mi nombre ya lo sabes... Así que... Bien... Gracias por todo... A ti y a los que te han ayudado.

Se dieron la mano. Roger puntualizó:

—Ayuda pasiva. Lo he hecho yo. ¿Alguna otra pregunta?

—¡Oh, no! Por supuesto que no, superhombre...

—Entonces, las preguntas me corresponden a mí...

El viejo tenía un gran interés por tu pellejo.

—¿Te refieres al coronel?

—No lleva el asunto él solo. ¿Conoces a Forrester?

—¡Oh!

—¿Te cae tan simpático como a mí, verdad?

Walsh escupió.

—Bueno. Simpatías aparte... Les interesa tu piel para que puedas contarles lo que has averiguado. Mi misión es llevarte a Inglaterra.

Walsh sonrió.

—Comprendo que te haga gracia.

—No. No es por el regreso. Es por la cara que pondrán todos...

—A mí, tu cara no me hace ninguna gracia. ¿Es que tiene algo que no logro captar?

Walsh continuó sonriendo.

—Si quieren que les complete el trabajo, será mejor que me devuelvan a Francia.

—¿Estás loco? Esta tarde tu fotografía saldrá en todos los periódicos y es probable que la mía también... ¿Sabes? Oficialmente, yo soy un compinche tuyo en el mundo de la droga. Ésa es la treta para que

NB-4

no sospeche que tu fuga ha estado planeada por el viejo...

Walsh encendió un cigarrillo de color, y murmuró:

—Los fuma Ivette... Me dio un paquete y me guardé unos cigarrillos como recuerdo. Me queda otro. ¿Lo quieres?

—No, no. El tabaco ya está bastante contaminado. Prefiero el papel blanco, sin colorantes... Pero dime... ¿Qué ocurre?

—Ocurre que no sé nada... Nada de nada... He fracasado...

—Entonces...

—Entonces, nada, amigo Roger... Nada de nada. ¿Lo has entendido?

—Pero... Sabrás dónde se esconde

NB-4.

—Desde luego, es uno de los gerifaltes que mangonean el asunto de las drogas... Pero eso es una tapadera... una tapadera que le produce dinero... pero la utiliza como todo a lo que puede sacarle jugo...

—¿Y quién demonios es

NB-4?

—Tiene nombre de canal de televisión, ¿verdad? —bromeó Walsh.

—Déjate de bromas... ¿Quién es?

—No lo sé, Roger. —Fue la sería respuesta de su interlocutor—.
No lo sé. No tengo ni la menor idea de quién es ese hombre.

CAPÍTULO IX

En Ginebra podían comprarse las ediciones de la tarde de los periódicos franceses.

En dos de ellos se insertaba la fotografía del fugitivo. Y además, se reseñaba su fuga ayudado por un miembro «todavía desconocido».

En la habitación del hotel, Walsh apretó los puños.

—Los suizos están en muy buena relación con sus vecinos... Si alguien se acuerda de mi rostro, me denunciará.

—No. No es tan fácil... De momento, tenemos una noche por delante. Quédate tranquilo.

—Escucha, Roger... Tú ya has cumplido. Ahora, déjame... Tengo un amigo aquí. Pertenecer al servicio. Puede llevarme hasta Londres...

—Nada de eso...

—¿Por qué no? Tu misión era rescatarme. Ya lo has hecho.

—De acuerdo. Pero no hay avión hasta mañana, y para completar mi misión debo llevarte ante el coronel.

Y si esto no es posible, debo informarle. Ahora no hay avión hasta mañana y puede ser peligroso ir hasta el aeropuerto. ¿Comprendes? Ya pensaré algo.

—¿Eres un novato que quieres resolverlo todo o... qué?

—Soy Roger Lang. Me utilizan sólo para misiones especiales... Tú mismo has reconocido que no lo he hecho del todo mal. ¿Eh?

Walsh lanzó un bufido.

—Está bien. A tus órdenes, jefe.

—Es extraño —comentó Roger, después de un silencio que lo aprovechó para trasegar de la botella de su *whisky* particular.

—¿Qué es lo extraño? —inquirió el otro.

—Que nadie sepa quién es

NB-4...

Walsh se encogió de hombros.

—Es un agente del servicio. El viejo tiene que conocerle, y Forrester también... y tú mismo.

—Eres un novato —sonrió Walsh.

—Oye, Walsh. Puedo ser un novato, pero no un tonto.

—Yo no he dicho que lo fueras.

—Te encomendaron buscar el escondrijo de

NB-4...

¿No es cierto?

Walsh asintió.

—Bien... Entonces tú tenías que conocerle... Desmíenteme si me equivoco. Aquí no se trataba de descubrir a una persona, sino el escondrijo de «ésa» persona.

—Te equivocas... Se trataba de ambas cosas.

Roger frunció el entrecejo.

—Sí, amigo...

NB-4

es un nombre clave.

—¡Vaya! —exclamó Roger, con sarcasmo.

—Bueno. Es lógico...

—¿Tú crees? —Roger siguió con su sarcasmo.

Walsh se acercó a la ventana de la habitación y miró a la calle. Estaba desierta, sólo las luces iluminaban el asfalto y cabrilleaban sobre las aguas del lago.

—NB-4 —siguió Walsh—, es el nombre de una unidad de acción para descubrir a los agentes traidores... Esa unidad la formaban tres agentes a las órdenes directas de Lyn Forrester... ¿Vas comprendiendo?

—Comprendo el interés de Forrester en el asunto, pero continúa...

—Esos tres agentes murieron de forma misteriosa... Bueno, en realidad cuando cae uno de nosotros la muerte siempre se presenta como algo misterioso. No conviene profundizar... Total... que Forrester y los jefazos creen que una de esas tres muertes es falsa...

—En resumen —terció Roger—, que uno de los tres

NB-4

vive... ¿Es así?

—Exacto...

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Wilkes, Riordan y Williams. Y uno de los tres estaba, además, metido en el asunto de las drogas, pero no sabemos quién...

—¿Te dieron las fotos de esos tres hombres?

—Desde luego, pero como comprenderás, no las conservo. Tengo sus fisonomías grabadas en la retina.

—¿Y no has visto a ninguno de ellos?

—No.

—O sea que ignoras cuál de los tres es el vivo, y por lo tanto, quién es el agente doble.

—De esa misión, Roger, lo ignoro todo... Es algo que viene de «arriba». ¿Comprendes...? Quienquiera de esos tres hombres que esté vivo, se halla perfectamente protegido. Es más, juraría que conoce de antemano los proyectos de los jefes...

—Mi intervención no podía conocerla —arguyó Roger—: Me consta que se ha llevado con el máximo secreto.

—Sí. Al menos estoy vivo —murmuró Walsh que, por primera vez, se mostró inquieto.

—¿Qué te ocurre?

—Me he enfrentado con la muerte en varias ocasiones... Mi hoja de servicios está llena de éxitos, y no es petulancia, te lo aseguro; pero en esta ocasión... no sé...

—Temes algo...

—Temo que sea mi última misión. Y me revienta que acabe en fracaso.

—Me pondré en contacto con el viejo... Esta misma noche. Ahora... Llamaré desde un teléfono público. Pediré instrucciones.

Walsh asintió y trasegó una vez más de la botella de Roger, que abandonó la habitación para salir del hotel.

En la calle estableció contacto con Londres, después de introducir en una cabina pública las monedas necesarias para la conferencia.

Cuando consiguió hablar con el coronel, le expuso someramente la situación. Y concluyó:

—Necesito un pasaporte especial para Walsh. Mándemelo por el modo que considere más oportuno, pero debe ser rápido. Es urgente, coronel... Las cosas no están muy claras.

Tras recibir la contestación del viejo, Roger colgó el teléfono.

Cuando salió de la cabina, un automóvil que cruzaba por la calle aminoró su marcha.

Los ojos del conductor del coche se clavaron en la silueta de Roger Lang.

Roger siguió su camino sin percatarse del interés que su persona despertaba en el automovilista.

CAPÍTULO X

Los periódicos de la mañana, aparecidos en Ginebra, procedentes de París, hablaban del asunto de la fuga de Walsh, añadiendo otros detalles, pero momentáneamente, no se hacía mención detallada de Roger Lang.

Ni el falso nombre empleado por el inglés, ni su descripción personal venían en las páginas de los diarios.

Roger soltó los periódicos y procedió al desayuno, que tomó en la habitación, en compañía de Walsh.

—Hay un modo de continuar esto —murmuró éste—. Mis amigos franceses. Ellos saben que estoy libre...

—Sí, pero sería peligroso... —comentó Roger.

—Lo sé... Pero tengo, como orgullo, no haber fallado nunca...

—Se encargarán otros, Walsh.

—Es posible, pero yo tenía la mitad del camino recorrido... Y estoy convencido de que mi detención fue un intento para taparme la boca...

—Ayer dijiste que no sabías nada.

—Es cierto, pero tal vez... había llegado lo suficientemente lejos... ¿No comprendes? Uno puede creer que no sabe nada y, en realidad, se halla al otro lado de la puerta donde se esconde lo que busca.

—Comprendo tu afán... Pero olvídalo. El viejo mandará lo necesario para sacarnos de aquí. Espero que se dé prisa.

—Daría cualquier cosa por volver allí. Lo he estado pensando durante toda esta noche... —Se levantó y se aproximó a la ventana.

El día había amanecido brumoso, nublado, gris.

En la calle, reinaba el frío, transitaba poca gente y escasos coches. La panorámica ancha. Más de medio kilómetro separaba el hotel de la otra orilla del lago.

Walsh continuaba pensativo.

—No quieren que se descubra la verdad...

—Si el traidor está bien protegido...

—Me gusta Ivette, ¿sabes? Es una chica formal... Llegué a pensar que ésta sería mi última misión... Puedo dedicarme a otras cosas. Soy dibujante...

Se separó de la ventana y fue a la mesilla, sacó un papel y lo entregó a Roger.

—Toma... Lo hice anoche. Tú dormías.

—No. No dormía... Te vi escribiendo, y no quise molestarte.

Tomó lo que Walsh le entregaba. Eran tres rostros esquematizados, hechos a lápiz, una obra de categoría.

—Son Wilkes, Riordan y Williams... Tal como los recuerdo. No varían mucho del original.

—Humm —murmuró Roger, tratando de grabar aquellos rostros en su mente.

—Uno de ellos es el traidor. NB-4 —siguió Walsh.

Y añadió: Oficialmente está muerto, pero ¿quién de los tres? ¡Quiero volver a París, Roger!

—Espera... Ahora sería peligroso...

Walsh paseó, nervioso, y nuevamente miró por detrás de los cristales. Roger guardó los retratos en su maletín y murmuró:

—Voy a comprar tabaco y algunas cosillas. No salgas. No hagas ninguna locura... Y no te pongas en la ventana. Nunca se sabe.

Apenas terminó de decirlo, sonó un chasquido. Instintivamente, Walsh saltó hacia un lado.

En el cristal inastillable del ventanal había aparecido un pequeño, redondo y bien delimitado agujero.

—¡Al suelo! —gritó Roger al darse cuenta.

Roger se lanzó contra su amigo, obligándole a pegarse contra la moqueta del piso.

Unos segundos más tarde, asomó.

—Han disparado con un fusil de largo alcance... Desde el otro lado...

—¡Saben que estamos aquí! —exclamó Walsh.

—Es posible... No te muevas... ¡Y no te asomes...! El arma tiene mira telescópica...

Roger salió precipitadamente de la habitación.

En la calle tenía el coche. Saltó sobre el asiento y arrancó

rápidamente en dirección al puente para dar la vuelta y situarse al otro lado del lago.

Estaba seguro de que el disparo había llegado de aquella parte.

Roger empleó unos cuatro minutos en situarse al otro lado del lago, más o menos a la misma altura que ocupaba en el hotel donde se albergaba, en compañía de Walsh.

Miró los edificios.

Había un hotel. El Leman.

Al lado un solar, una plaza y unas cuantas villas que iniciaban la ancha avenida, limitada por el lago las viviendas residenciales.

Roger pensó que el disparo sólo podía haber salido del hotel. De cualquiera de sus habitaciones.

Sin moverse del auto, aparcó en el lado del lago y pensó unos instantes.

Recordó a su amigo James Clark.

—«Me hospedo en el Leman» —recordó que le había dicho dos días antes.

Y justo en el momento de recordarle, le vio salir. Le llamó:

—¡Jim!

James Clark se volvió mirando hacia el punto de donde procedía la voz.

—¡Eh, Jim...!

—¡Roger!

Roger salió del coche.

—Ven, sube —le invitó.

James aceptó y, poco después, Roger conducía por la orilla del lago, a marcha lenta.

—¿Cómo te va por aquí? ¿Lo pasas bien? Bueno... Espero no ser indiscreto. —Fue el comentario de James Clark, tras un silencio.

—Más adelante... cuando estemos en Londres, satisfaré tu curiosidad... Ahora necesito un favor...

—Si está en mi mano, dalo por hecho, amigo.

—No puedo ser muy explícito, Jim... Pero tú, desde el hotel, puedes... ejem... Bueno... Se trata de alguien que me supongo se hospeda en el Leman, y que parece tener un gran interés por mí.

—No entiendo...

—Jim... Verás... Alguien está espionando el hotel de enfrente... Seguramente es una persona que tiene una de las habitaciones que

dan al lago... Me parece haber contado ocho pisos...

—Sí. Es posible —repuso James Clark.

—Por favor... averigua todos los números de las habitaciones que tienen terraza por el lago.

—Hummm... ¿Es tan importante?

—Pues... no me gusta que me espíen... y quiero saber quién tiene tanto interés en conocer mis intimidades.

Jim sonrió.

—Espero que se trate únicamente de un asunto frívolo...

—Pues... Sí. Digamos que es un asunto frívolo —sonrió Roger.

—¿Tienes algún problema?

—Mi único problema es conocer a mi espía...

—Procuraré complacerte.

—¿Dónde dices que te hospedas?

Roger, con el índice, señaló el otro lado del lago. El edificio del hotel parecía brumoso.

—Allí —dijo, y a continuación le dio las señas.

Roger regresó con tabaco, caramelos, revistas y nuevos periódicos. La ducha funcionaba, y llamó con los nudillos.

—Ya estoy de vuelta... ¿Ha llegado algo? —Y Roger miró por encima de la mesa.

No había nada. Walsh no debió oírle, porque tampoco contestó.

Roger desplegó los periódicos. No había nada importante. Llamó desde la habitación para preguntar:

—¿Han traído algo para mí? —Dio las señas de la habitación y el nombre, pero el conserje respondió negativamente. No. No habían traído nada.

—¡Es temprano todavía! —dijo, levantando la voz, mientras el agua del grifo de la ducha continuaba saliendo.

Luego, añadió:

—El viejo tiene medios para darse prisa... Tu nuevo pasaporte estará aquí hoy mismo... Me apuesto cualquier cosa... Pero antes me gustaría saber quién ha disparado... Casualmente en aquel hotel tengo a un buen amigo...

Roger saltó los periódicos y avanzó hacia la lucha.

La puerta estaba entreabierta. Sólo tuvo que empujar y...

Sus ojos se dilataron. Su amigo estaba en la ducha, ciertamente. Estaba en pie, con los ojos muy abiertos también. Su situación

resultaba altamente extraña.

Al aproximarse, Roger sabía ya que su amigo estaba muerto. Pero... ¿Cómo?

Walsh había sido acuchillado. Parte del agua estaba teñida con la última sangre que salió de su cuerpo, por la herida que tenía en el pecho. Un boquete grande. Habían hurgado con el cuchillo, después de practicarle la mortal incisión.

Después, el criminal había utilizado una cuerda para sujetar a su víctima por el cuello y mantenerla erguida, atando el otro extremo por la tubería saliente de la ducha.

Roger cerró los ojos ante el horrendo espectáculo.

CAPÍTULO XI

James Clark se reunió con Roger, en el bar del hotel Leman.

—Aquí tienes... Lo he comprobado personalmente —dijo James, entregándole una nota—. Es fácil. Cada planta tiene ocho habitaciones que dan frente al lago. En total hay sesenta y cuatro habitaciones, orientadas al mismo lado.

Roger tomó la nota, sin mirarla.

—¿Te ocurre algo, amigo? —preguntó James.

Roger no contestó. Guardó la nota, pagó la consumición y comentó:

—Gracias por todo, Jim... Ya nos veremos.

—Pero... ¿Qué pasa? Parece como sí...

—Perdona; Jim. Ahora tengo que hacer.

Roger abandonó el Leman para regresar al suyo. Había dejado la habitación cerrada, sin dar parte de lo ocurrido. Era necesario mantenerlo en secreto. Su misión y las especiales circunstancias de la misma le impedían actuar como hubiera hecho un ciudadano normal, a quien la índole de su trabajo no condicionara sus acciones.

Al llegar observó el hall. A partir de aquel momento tenía que andarse con cuidado. El asesino de Walsh podía andar tras él; por otra parte, si se descubriera el cadáver en la habitación que había ocupado junto al agente asesinado, la policía podría estar también al acecho.

No vio nada ni a nadie que le hiciese andar en sospechas.

Al acercarse al conserje, éste le entregó un pequeño paquete.

—Ha llegado esto para usted, señor. Hemos llamado, pero como no contestaba nadie...

Roger había puesto el letrero de «no molesten». Asintió y tomó el paquete que le ofrecía el conserje. Lo abrió en el bar. Allí estaba lo pedido. Había llegado en avión especial. Había, también, una nota de Forrester.

«Regresen inmediatamente los dos. No tendrán dificultades».

«Demasiado tarde» —pensó Roger, guardando el falso pasaporte, destinado al agente asesinado.

Regresó a la habitación y esperó a que oscureciese. Walsh estaba envuelto en una manta del hotel, y depositado en un baúl de mimbre, que Roger se había hecho llevar. Quería sacarlo de allí. Después de lo ocurrido estaba decidido a obrar por su cuenta. Cuanto menos, no quería dejar tras sí el cadáver de un compañero.

Bajó a cenar, y se hizo servir una comida frugal, lo suficiente para mantenerse en forma, sin recargar el estómago. Seguidamente salió en dirección al hotel Leman.

Había estudiado el número de las habitaciones y se disponía a averiguar los ocupantes de cada una de ellas.

—Deseo una habitación que dé al lago —dijo al recepcionista, en el momento de inscribirse—. Pasaré una o dos noches.

—La doscientos doce, en el segundo piso —le indicó el encargado.

Roger firmó la ficha y pensó mentalmente en la distribución del hotel.

De los números diez al veinticuatro, todas correspondían al lado del lago.

Apenas conducido a su habitación, comenzó a trabajar. Lo hizo por la primera planta, y por la habitación ciento diez. Llamó con los nudillos, y salió un hombre de edad madura, con aspecto de financiero.

—Disculpe... Creo que me he equivocado. ¿Es el señor Smith...?

El hombre se llamaba Schneider y era alemán.

La ciento doce estaba libre. La catorce tenía el letrero de no molesten y bastaba escuchar a través de la puerta para percibir los arrumacos de una pareja.

La dieciséis estaba libre, la dieciocho estaba ocupada por una solterona que trató de armar un escándalo. El letrero de la ciento veinte indicaba «No molesten».

Por el ojo de la cerradura, Roger observó una mujer en camisón dirigiéndose hacia un hombre que la aguardaba con los brazos abiertos.

La veintidós estaba desocupada, y de la veinticuatro salió un

niño, que buscaba a sus padres.

Roger siguió por el segundo piso.

La diez del segundo piso la ocupaba un matrimonio que entraba en aquellos momentos.

La siguiente era la suya.

La catorce estaba vacía, y la dieciséis estaba en obras. El resto del piso, libre.

El tercero. Allí estaba su amigo, en la trescientos diez. No llamó. La doce estaba desocupada, y en la catorce no respondían.

Se las ingenió para abrir con una ganzúa improvisada, y, una vez dentro, se encontró con las maletas de alguien, preparadas para largarse.

Echó, un vistazo hasta que el ruido de alguien que se acercaba le obligó a refugiarse en la terraza.

Un matrimonio entró en la habitación, y Roger tuvo que saltar a la terraza contigua. Una mujer le vio a través de los cristales y lanzó un grito.

Roger pasó a la terraza siguiente cuando un camarero estaba indagando ya el motivo del grito de la mujer.

Afortunadamente, el inglés se encontró con la habitación siguiente vacía, y pudo salir al corredor y aguardar a que renaciera la calma brevemente entorpecida, aunque la verdad es que no pasó a más...

Piso a piso, Roger continuó sus pesquisas. Estaba ya en el quinto, sin que hasta el momento hubiese encontrado nada que llamase su atención.

—«Tal vez —se dijo—, el agresor de esta mañana ha cambiado de residencia...»

Sí. Cabía la posibilidad de que el criminal, tras su intento fallido, hubiese abandonado el hotel... y más, después de haber conseguido acabar con la víctima elegida, pero había una razón por la que Roger se decidió a seguir buscando...

—«Quienquiera que sea el asesino de Walsh, sabe que yo sigo con vida...»

Sí. Ésa era la importante razón... Una razón importante y peligrosa para Roger, porque él podía ser la siguiente víctima...

Llegó a la azotea. El aire de la noche era frío, y Roger se echó hacia el cuello las solapas de la gabardina. Bajó el ala de su

sombrero y miró hacia el lago.

La iluminación permitía una buena panorámica. En la calle, todo era paz. Las aguas del Lemán permanecían tranquilas. La brisa se calaba en los huesos.

Fue entonces cuando una silueta se movió detrás de una de las varias chimeneas de la azotea.

Roger permanecía con los sentidos en tensión y el pensamiento fijo en la muerte del que había sido su eventual compañero. Había tenido que pensar mucho para librarlo.

¿De qué había servido todo?

La silueta oculta esgrimió un arma corta provista de silenciador.

Un ruido, un leve traspies, indicó a Roger la posibilidad del peligro. Se hizo a un lado, cuando un sonido apagado por un silenciador le indicó lo cerca que había estado de la muerte.

El «Flap», de un nuevo disparo, arrancó una esquirla del canto de la pared de cemento, tras la que se había protegido. Entonces tuvo la certeza absoluta de que intentaban matarle.

Buscó hacia la barandilla de piedra, cuando un tercer disparo se produjo en el silencio del lugar.

Roger saltó al otro lado y se encontró colgando de una altura superior a los treinta metros. Sólo tenía una estrecha cornisa para protegerse. Gateó sobre ella, alejándose del peligro.

Los pasos, disimulados por suelas de goma, resonaron levemente. El asesino iba por él.

Roger contuvo la respiración y consiguió dar la vuelta y sacar de la funda sobaquera el revólver que sólo podía utilizar en casos de apuro, y bajo su entera responsabilidad.

Permaneció inmóvil, esperando ver a alguien asomarse.

Transcurrieron algunos segundos. Roger se mantuvo quieto como una estatua.

Por fin, una cabeza, enfundada con un sombrero, asomó ligeramente. Roger utilizó el revólver.

La cabeza se hizo hacia atrás, indemne.

Roger había fallado. Tenía que salir de su difícil situación, y sólo podía hacerlo saltando otra vez hacia el tejado.

La silueta asomó, disparando de nuevo. Roger había saltado ya y rodaba sobre sí mismo, por la superficie de la azotea. Corrió, raudo, hacia una de las chimeneas para parapetarse.

Su enemigo corrió a su vez intentando encontrarle. Pasó fugazmente a unos diez metros de Roger y éste disparó.

La silueta se movió convulsivamente.

—«Le he dado» —pensó Roger.

La silueta se revolvió y vació el cargador hacia la chimenea, impidiendo que Lang pudiera moverse. Seguidamente corrió hacia la puerta que daba a la salida.

Roger salió tras él.

Escuchó algunas voces. Alguien había oído los disparos del inglés. Eran los únicos que habían producido estampido porque su revólver carecía de silenciador.

La sombra que se deslizaba por la escalera, corrió a lo largo de la octava planta.

—¡Parece en el terrado! —dijo uno de los empleados del hotel.

Roger llegó hasta el piso octavo. Miró a derecha e izquierda, pero la sombra había desaparecido. La servidumbre seguía avanzando escaleras arriba. Roger no tenía salida, y tuvo que volver hacia el terrado para evitar el tener que dar explicaciones.

En la azotea volvió a la cornisa y se deslizó hasta el extremo. La edificación pegada al hotel tenía unos seis metros de desnivel. Roger saltó a la azotea siguiente y, seguidamente, corrió hacia la escalera.

Llegó a la calle, sin novedad.

En aquellos momentos sabía dos cosas. Primero que el asesino estaba en el hotel, por lo menos, el hombre que había intentado matarle; y segundo, que estaba herido. Una de sus balas le hirió. Ésta podía ser una pista, por poco que mantuviera los ojos abiertos.

CAPÍTULO XII

Roger entró en el hotel y se dirigió al bar. Observó algún movimiento de empleados que hablaban en voz baja.

Alguien dijo:

—Hay una mancha de sangre en la azotea, pero no se ve a nadie. Habría que llamar a la policía...

Luego, los que comentaban se alejaron.

El gerente apareció dando algunas instrucciones. Sólo alguien como Roger, que siguiera de cerca las incidencias, podía advertir lo que estaba ocurriendo.

—Nada de escándalos —dijo el gerente—. Procuren no llamar la atención.

Era evidente que iban a llamar a la policía, y Roger decidió permanecer a la expectativa.

Tenía especial interés en ver el movimiento, desde el bar del hotel. Sobre todo, a los que salían... Había un herido. Un herido, refugiado en algún lugar del edificio. Posiblemente, cliente del mismo. Pero ¿dónde?

La puerta de uno de los dos ascensores se abrió para dejar paso a un cliente. Era James Clark.

Roger salió a su encuentro. En realidad, no fue necesario. La proximidad de los ascensores con el bar permitía ver, a quienes salían de él, a la clientela que se hallaba en la barra.

—¡Tú! ¿Estás aquí? —comentó James.

—Sí. He oído que ha ocurrido algo en el hotel...

—¿A qué te refieres?

—No sé... Parecían disparos.

—No me he enterado. Estoy haciendo un informe, que me absorbe el tiempo. Precisamente, iba a salir... a dar una vuelta, a ver si logro despejarme... El asunto es más complicado de lo que creía. Mis superiores esperan un buen resultado de mi gestión.

—¿Quieres tomar algo? —inquirió Roger, y le tomó por el brazo para acompañarle hasta el bar.

—No, deja —James apartó el brazo, como dolido por algo.

El detalle no dejó de sorprender a Roger, que inquirió:

—¿Qué te ocurre?

—No es nada... Me duele un poco el brazo. Me di un golpe, hace poco.

—¿Es grave?

—¡No! Te digo que no es nada.

La contestación extemporánea de James hizo fruncir el entrecejo a Roger. No entraba en las costumbres de su amigo utilizar aquel tono.

James Clark quizá advirtió que había sido demasiado brusco y, forzando una sonrisa, se apresuró a disculparse:

—Bueno. Estoy un poco nervioso, por asunto de mi trabajo... Aceptaré esa copa.

Roger se fijó, de manera especial, en la parte del brazo de su amigo por dónde le había cogido poco antes.

—¿De veras no tiene importancia ese golpe, que dices que te has dado? —insistió.

—Claro que no. Fue... fue en la calle, al venir hacia aquí. Un coche... Pasé con el disco rojo, iba distraído. Me dio un golpe. No quise darle importancia. Ya se me pasará.

—¿Por qué no me enseñas esa herida, Jim? ¿Somos amigos, verdad?

—¡Cielos, déjame en paz! —exclamó el otro—. Anda, tomemos un *whisky*... o una cerveza, o lo que te apetezca...

Roger guardó silencio, mientras su cerebro trabajaba muy deprisa, pensando en aquel extraño golpe que alegaba su amigo.

Se sentaron en sendos taburetes, frente al mostrador del bar. Roger pidió *whisky*.

—Otro para mí, y que sea doble —pidió Clark.

A través de uno de los espejos que formaban parte de la decoración del rincón destinado a bar, Roger observó a una pareja que salía del ascensor.

El *barman* sirvió las consumiciones pedidas, que ambos tomaron en silencio.

Clark bebió de un trago su doble de *whisky*. Roger le miraba tan

fijamente que el otro no pudo por menos que espetar:

—¿Qué demonios te ocurre? ¿Tengo algo especial en la cara, Roger? ¡Vamos! ¿Por qué me miras así?

—Quiero que me enseñes ese golpe, Jim.

—Te pones pesado.

—Bueno. Tómallo como quieras...

—Estás muy extraño.

—Vamos a tu habitación, ¿quieres?

—Está bien, así estarás tranquilo, cuando compruebes que no es nada.

Un botones pasaba con los periódicos de la noche. Con todo lo ocurrido, Roger se había olvidado de comprar las últimas ediciones.

Casi sin proponérselo leyó escrito en un recuerdo de la primera página:

«MÁS NOTICIAS SOBRE LA CINEMATOGRAFICA
FUGA DEL INGLÉS ALFRED WALSH, EL HOMBRE QUE
IBA A SER JUZGADO POR SU PARTICIPACIÓN EN EL
TRÁFICO DE ESTUPEFACIENTES EN MARSELLA».

—Déjame un momento ese periódico —pidió Roger al botones, arrebatándoselo materialmente de las manos.

La información del recuadro de primera página venía en el interior. Roger abrió el diario y leyó:

«Se busca a un individuo que responde al nombre de
Dubarrie».

Seguidamente daba una descripción de Roger explicando algunos de los pormenores de su estancia en París.

—¿Hay algo que te interesa en la prensa francesa? —preguntó James Clark.

—No... no... Simple curiosidad. Vamos.

Se dirigieron hacia el ascensor. Al ir a entrar, salió de él un hombre con bastante prisa, sin querer, empujó a Jim, dándole en el brazo.

Roger advirtió cómo su amigo evitaba lanzar una exclamación, pero una vez dentro, la manga de la chaqueta de Clark, a la altura del codo, apareció mojada.

Cuando el botones les dejó en la planta correspondiente, James estaba muy pálido. Roger le siguió, en silencio. Ambos, muy rápidamente, llegaron hasta la puerta.

El brazo herido de Clark era el derecho, y el inquilino de la habitación tuvo dificultades para sacar la llave del bolsillo. Le ayudó Roger.

Entraron. Lang se colocó frente a su amigo.

—Estás sangrando, Jim. ¡Vamos! Explícate.

—¡Maldita sea, Rogers! ¡Déjame en paz!

—Te ayudaré. Quítate la chaqueta.

—¡No!

Roger intentó quitar la chaqueta a su amigo, pero Jim rehusó con energía. Al fin se dio por vencido.

—Está bien. Tú ganas —murmuró.

La policía realizó una inspección ocular por la azotea, mientras pedía explicaciones al personal.

La mancha de sangre sobre el piso era el único indicio de la refriega, pero no existían más pruebas, ni tampoco víctimas. Los agentes de seguridad continuaron sus indagaciones mientras, en la habitación de Jamás Clark, Roger Lang observaba la herida que su amigo tenía en el brazo.

—Es un disparo de bala.

—Tuve un encuentro con un griego. Intentó robarme... Yo llevaba algún dinero... Fue esta tarde, cuando iba al banco...

—¿Y por qué no lo denunciaste a la policía? —preguntó Roger, con suspicacia.

—Hay cosas que no se pueden hacer, Roger. Tú no... no lo entenderías.

—Esa herida parece muy reciente, Jim...

—¡Deja de comportarte como si fueras un «poli»...! Ya te he dicho...

Roger le miraba atentamente. Su amigo lanzó un suspiro y murmuró:

—La operación que iba a realizar no necesitaba publicidad. Es un asunto de la compañía. ¿Comprendes? Algo, digamos confidencial...

—Ilegal.

—Yo sólo cumplo órdenes, Roger. Me pidieron la máxima

reserva... Me pagan bien. ¿Comprendes? Y yo necesito dinero.

Roger lanzó un bufido. Pensó si su amigo estaba diciendo la verdad o mentía.

—¿Y ese griego? —inquirió.

—Sabía que llevaba dinero, y me siguió.

—¿Qué ha sido de él?

—No lo sé... Le empujé. Él disparó y me hirió en el brazo. Yo eché a correr y pude despistarle. Llegué al banco, ingresé el dinero y regresé al hotel. Me vendé esto yo solo... Sé que no es nada.

—Está bien, Roger... Yo te ayudaré. Trae algo adecuado. Estás perdiendo demasiada sangre.

—Por favor, Roger. No digas nada de esto a mi mujer... Tú eres un buen amigo.

—Tú y tu afán de ganar dinero... Vas a verte en un buen lío.

—Lo necesito, Roger. Es ella... Está delicada.

—Será mejor que regreses. No te metas en terreno peligroso. Voy a hacerte un préstamo.

—No, Roger. Ya hiciste bastante... Aquellas mil libras...

—He ganado algún dinero extra... Cuenta con lo que necesites, pero no te metas en líos. Tú no has nacido para esto. Hazme caso.

Roger terminó de vendar el brazo de su amigo, y se despidió de él, con la sensación de que había perdido una buena oportunidad para descubrir a quien pretendía eliminarle.

Pero ¿quién era?

Al salir del hotel, vio a un coche de la patrulla policial, de guardia a unos diez metros de la entrada. Se quedó unos instantes observándole y decidió seguir por el lado opuesto para entrar en la bocacalle siguiente y aguardar.

Tenía la intuición de que iba a ocurrir algo...

CAPÍTULO XIII

Mientras Roger aguardaba en la calle, consultó su reloj. Eran cerca de las diez de la noche. La ciudad estaba despierta, y más aún, aquella parte.

A la misma hora, Sarah Clark, la esposa de James, estaba despidiendo a una visita. Se trataba de Grace, la exnovia de Lyn Forrester, la muchacha con quien más asiduamente salía Roger.

Resaltaba curioso que ambas mujeres estuvieran juntas en Londres, justo en el momento en que Lang había despedido a James.

—Deseo que lo tuvo con Roger vaya por buen camino. —Le decía Sarah Clark a Grace.

—No sé... Creo que ningún hombre me había interesado tanto... Pero sé que no puedo hacerme ilusiones. Roger es un ave de paso.

—Es un gran chico —repuso la señora Clark—. Un buen amigo nuestro. Yo le admiro. Creo que si estuviera soltera, me sucedería lo mismo que a ti.

Grace sonrió.

—No me hago ilusiones.

—No pierdas la fe. Y lucha, si es preciso.

Luchar. Eso es lo que estaba haciendo Roger en aquel momento, cuando vio salir del hotel casi furtivamente a James Clark.

Le vio dirigirse a un coche de alquiler y arrancar hacia las afueras, por la carretera de Lausana.

Sí. Roger luchaba para rebatir las sospechas que acudían a su mente. ¿Tendría algo que ver su amigo en todo aquel lío?

¿Acaso no resultaba extraño la coincidencia de que los dos hubiesen emprendido el vuelo el mismo día?

Salíó tras él utilizando su propio coche, con el que había llegado al hotel. El auto, alquilado también.

¿Dónde iba su amigo? ¿Por qué salía a aquellas horas? ¿Qué era

lo que ocultaba?

Le siguió a prudente distancia durante unos diez kilómetros. Luego le vio adentrarse por la carretera de circunvalación, por la Route Pré de Bois para enfilarse la de la Cité de Meyrin.

Aquel gran rodeo hacía más misteriosa la escapada nocturna de James.

La escasa circulación permitía a Roger seguirle a un kilómetro de distancia.

James, sin embargo, aminoró la marcha, como si hubiese advertido que era seguido por alguien. Roger utilizó un viejo truco, que a menudo suele dar buenos resultados. Aceleró.

En un par de minutos rebasó el auto de su amigo y siguió la marcha.

Ahora le seguía por delante. Podía ver el coche de James a través del retrovisor.

Una ruta transversal le sugirió la idea de virar. Lo hizo, y ocultó el auto en una vereda entre la fronda.

Poco después, James seguía por la ruta principal.

La inmensa explanada permitía a Roger seguirle sin moverse del sitio.

Dejó que se alejara, y volvió a la carga, acelerando hasta tener el auto a medio kilómetro. Venía otro coche detrás y ello le favoreció porque James no pareció advertir que fuese seguido y su marcha se hizo más normal.

El otro coche que marchaba detrás rebasó a Roger, que avanzaba tranquilo hasta que el silbido del tren llamó su atención.

A lo lejos se encendió la luz roja de uno de los escasos pasos a nivel, existentes en el área metropolitana de Ginebra.

Aceleró cuando ya era tarde. El auto conducido por atravesar. Era inútil. El tren estaba ya muy cercano, irremisiblemente para Roger, impidiéndole el paso.

Roger salió del auto buscando un lugar por dónde atravesar. Era inútil. El tren estaba ya muy cercana.

Por el lado opuesto se aproximaba un coche, que tuvo que frenar, ante el paso cortado.

El tren lanzó un pitido, a unos cien metros, y a una velocidad de unos noventa kilómetros por hora.

Todo sucedió muy deprisa. Porque Roger estaba oteando el otro

lado. De repente, los focos del automóvil que se hallaba a la otra parte de la barrera doblaron su potencia. El conductor había puesto los largos, que deslumbraron a Roger.

El traqueteo del tren ahogó la ráfaga de metralleta. Roger saltó a un lado, herido del brazo. ¡Era el segundo atentado, en la misma noche!

Saltó hacia la cuneta.

Los balazos rebotaron muy cerca, mientras él desenfundaba su revólver.

En la manga izquierda de la gabardina tenía un roto quemado. La bala le había rozado. La herida era mínima, y no le impedía los movimientos, pero los «otros» intentarían matarle.

El convoy cruzó ante el paso. Constaba de seis unidades eléctricas, que pasaron raudas.

Roger había corrido hacia su coche.

Cuando la barrera se levantó, el otro automóvil seguía allí detenido, con los faros a toda potencia.

Roger asomó ligeramente. No podía verle en el interior del auto. Él, a cambio, sólo pudo descubrir una silueta que, tras los focos, le resultaba demasiado confusa.

La silueta llevaba una metralleta en la mano, y seguramente estaba intentando averiguar dónde se había escondido.

Roger tenía el coche con el motor en marcha; bastaba poner el vehículo en movimiento, aprovechando las vacilaciones de su enemigo.

Lo hizo agazapado. Lanzó el «Mercedes» a tope.

Su enemigo, al otro lado, reaccionó cuando ya Roger estaba cruzando la doble vía férrea.

Roger pisó a fondo, lanzando el auto contra el de su rival.

La silueta que había intentado disparar se echó hacia atrás para evitar la acometida.

Roger había lanzado su «Mercedes» contra el de su enemigo.

El choque arrojó el otro automóvil a la cuneta y Roger, dominando el suyo, viró hacia el otro lado, donde la fronda pudiera protegerle.

Su enemigo se incorporó, abriendo fuego rápidamente, deseando sin duda terminar cuanto antes con aquella comprometida situación.

Roger, ya con su revólver en la mano, disparó primero al azar. Cambió de posición y aprovechando la confusión, cruzó la carretera unos metros más arriba.

Su enemigo había vuelto a perderle.

Lang, pegado al suelo, avanzó sin hacer ruido. Más que eliminar a quien pretendía matarle, deseaba conocerle primero, desarmarle, obligarle a hablar.

Los faros de un automóvil prolongaron la espera. El coche que se aproximaba barrió con sus luces la carretera. Roger, pegado al suelo, intentó reconocer a su enemigo, pero ése se había ocultado también entre la fronda del otro lado.

El auto detuvo su marcha al llegar a la altura del paso a nivel. Su conductor debió extrañarse al ver un vehículo abollado y abandonado en aquel lugar. Bajó y echó un vistazo. No vio a nadie. Se volvió hacia atrás y observó el coche de Roger, en apariencia igualmente abandonado.

Como sea que ninguno de los dos hombres deseaba asomarse, el conductor llegó a la conclusión de que no había nadie y prosiguió la marcha, aunque medio kilómetro más adelante, se detendría de nuevo para llamar desde una cabina y dar cuenta de lo que había hallado en la carretera.

Entretanto, allí, cerca del paso a nivel, Roger y su enemigo seguían buscándose. Uno trataba de sorprender al otro.

Lang vio la silueta próxima a la vía férrea. Su enemigo intentaba dar la vuelta. Iba provisto de la metralleta. Se aproximó cuanto pudo para salirle al encuentro.

Por fin iba a conocer a quien pretendía matarle.

CAPÍTULO XIV

Roger calculó la distancia y con un salto felino derribó a su oponente. Ambos rodaron por el suelo, cerca de las piedras próximas a las traviesas de los raíles.

El pitido de un tren anunció la inminente llegada de un convoy. La barrera había vuelto a bajar. Los dos hombres seguían por el suelo intentando, cada uno, tomar ventaja al otro.

Roger se levantó primero y, con una llave, consiguió desarmar a su oponente, que se lanzó en pos del arma.

El tren se aproximaba.

La lucha entre los dos hombres se desarrollaba muy cerca de la vía. La proximidad, del convoy dio una idea al enemigo de Roger para eludir la lucha, de la que llevaba la peor parte. Atravesó, rápido, la vía férrea, pero el joven saltó alcanzándole por las piernas.

Ambos prosiguieron la contienda entre los raíles.

El tren estaba a menos de un kilómetro. El oponente de Roger logró conectar un buen directo y derribarle, justo en los carriles del tren, que estaba ya a unos ochocientos metros.

Roger intentó incorporarse, pero se encontró con una soberbia patada que alcanzó su mentón, atontándolo por unos segundos.

El tren estaba a unos seiscientos metros. A una velocidad de noventa kilómetros, cada fracción de segundo aproximaba más a Lang a un fatídico desenlace.

Reaccionó para levantarse, pero el otro parecía haber encontrado la fórmula ideal para deshacerse definitivamente de él. De nuevo, le golpeó con el pie.

El tren estaba a cuatrocientos metros.

Roger, en un alarde de reflejos, consiguió sujetar el pie de su enemigo y retorcerlo de forma precisa para obligarlo a caer de espaldas.

Consiguió levantarse, pero la agilidad de su antagonista se puso de manifiesto, en el hábil salto con el que derribó al joven de nuevo entre los carriles, pero, en su caída, arrastró también a su agresor.

Un par de cientos de metros separaban la máquina del rápido convoy de los dos hombres que ahora permanecían como abrazados, intentando superarse.

El tren estaba a cien metros.

Roger había advertido el peligro, en medio del fragor de la lucha.

Su rival también.

El tren estaba a cincuenta metros.

Se incorporaron.

El agresor intentó golpearle. Roger esquivó, con un amago. El otro cayó.

Veinticinco metros.

—¡Aaah! —gritó irremediablemente el que había caído.

Roger intentó sacarle de allí.

El tren estaba a diez metros... a cinco... Estaba allí, encima de ambos. Roger saltó hacia atrás. Su enemigo fue lanzado al aire para caer nuevamente a la vía. Los cuatro vagones del convoy destrozaron su cuerpo, que quedó convertido en horribles jirones...

El auto patrulla de la policía estaba al otro lado. Roger apenas había advertido su llegada. La llamada del conductor anónimo había personado a los agentes allí.

—¡Eh, alto! ¡Deténgase!

Roger no opuso resistencia.

Los agentes observaron la vía. Miembros esparcidos del cuerpo del hombre que había estado luchando con Roger aparecían junto a un reguero de sangre que teñía las piedras y las traviesas.

—¡Dios mío! ¿Quién era ese hombre? —inquirió uno de los agentes.

—No lo sé —repuso Roger.

—Usted estaba peleando con él —cortó rápidamente otro de los policías—. Le hemos visto.

—Sí... Peleábamos, pero no sé quién es...

Un tercer policía, que había seguido el rastro de aquella carnicería, murmuró:

—Es como si le hubiesen triturado. Es algo horrible.

—¿Y dice que no sabe quién es? —insistió uno de los agentes de la ley.

—De verdad que no. La lucha fue muy rápida. Él me atacó y... En este sitio hay poca luz. —Era verdad—. No he podido verle el rostro...

Un coche se aproximaba por el otro lado. Se detuvo a un centenar de metros, antes de llegar al paso a nivel. Su conductor, a través de unos prismáticos, pudo ver la escena entre los policías y Roger.

En esos momentos, uno de los agentes invitaba al inglés:

—Tendrá que acompañarnos para prestar declaración. Vamos. Venga al coche. No he podido verle el rostro...

El del automóvil detenido a cien metros seguía observando a través de los prismáticos.

Era Dale, el amigo de Roger, que le había metido en aquel extraño y complicado asunto.

CAPÍTULO XV

Roger había pasado la noche retenido. Los encargados de tomarle declaración habían notado demasiados puntos oscuros en el relato y, por otra parte, Roger tampoco supo cómo aclararlos, dada su situación en aquel asunto.

La solución debía darla el jefe y, en último caso, el juez de instrucción.

Sin embargo, no fue necesario.

A las siete de la mañana, Dale iba a sacarle del apuro.

—Este asunto está arreglado. No se mencionará lo ocurrido para nada. Ha tenido suerte.

Por la vía que fuera, Dale consiguió zanjar el asunto y ahora, en el coche que conducía, conversaba con Roger.

—Fuiste muy oportuno. ¿Cómo me encontraste?

—Iba tras el individuo con quien luchabas —repuso Dale.

—Creí que no formabas parte del asunto.

—Yo te metí en esto, Roger. No lo olvides.

—El coronel dijo que esto lo llevaban entre él y Forrester.

—Se me encargó protegerte. Llegó hasta mis oídos que estabas en apuros. Bueno. En realidad, fui yo quien pidió venir. Fui yo, también, quien te hizo llegar el pasaporte para Walsh. ¿Qué hay de él? ¿Por qué no os habéis largado ya? Teníais un avión.

—A Walsh le liquidaron. Vuestro pasaporte llegó con retraso.

—Era de suponer.

—Sí. Le han eliminado porque supone un peligro para alguien... y pretenden hacer lo mismo conmigo.

—Te llevaré directamente al aeropuerto. No hay nada contra ti. Yo me ocuparé personalmente de lo que hayas dejado pendiente.

—No, Dale. Ahora, quiero terminar esto.

—No seas loco. Ya se ha derramado demasiada sangre. No eres invulnerable.

—Quiero saber quién está detrás de todo esto.

—¿Es por tu dinero?

—Tómalo como quieras.

—Se acabó la misión, Roger.

—¿Es una orden? —inquirió Roger, a su vez.

—Es lo que te diría el viejo. Vuelve a casa. Se ha fracasado.

—Yo no he fracasado. Me arriesgué, sacando a Walsh de la policía, y quién lo ha matado conocía nuestros pasos... Esto empieza a darme qué pensar. No me gusta que me utilicen para servir de tiro al blanco. Da la vuelta, y déjame en la estación de Cornavin. Tomaré el primer tren que tenga enlace con París.

—Si lo haces, será contraviniendo las instrucciones. Nadie te protegerá.

—¡Qué miedo! ¿Es que he tenido alguna protección hasta este momento?

—Tenías el respaldo del servicio. Aunque no lo creas, siempre velamos por los nuestros.

—Como hicisteis con el pobre Alfred Walsh.

—Está bien, Roger. Eres testarudo, lo mismo cuando dices que no que cuando te empeñas en conseguir algo. Adelante.

Dale dio la vuelta al coche.

—¿Quién era el que me atacó en el paso a nivel?

—Riordan.

—¿Cómo?

—Riordan... ¿Te dice algo el nombre?

—Es uno de los tres agentes que... ¡NB-4! —exclamó Roger.

—¿Quién te informó?

—Walsh.

—Ya. Bueno... Riordan era un

NB-4.

Es decir uno del equipo.

—El traidor que el viejo pretendía localizar. ¿No es así?

—No. No es así...

—Aclárame eso, Dale... Según Walsh, se trataba de encontrar el paradero de uno de los agentes designados como

NB-4.

Oficialmente, habían muerto tres, pero extraoficialmente, se sabía que uno de ellos vivía y era un traidor.

—En efecto, en efecto. —Y ahora Roger conducía el vehículo hacia el centro de la ciudad—. Riordan era uno de los hombres, pero en realidad, sólo se trataba de un peón. Hay alguien más por encima de él y ése es el objetivo primordial. Ha sido una lástima que Riordan muriera... Aunque habría resultado sumamente difícil hacerle hablar.

—¿Y cómo es que tú seguías a Riordan?

—Yo vigilaba tu hotel, con mis prismáticos. Estaba justo en el «*Jet d’eaux*», a unos quinientos metros aproximadamente. Esto era alrededor de las cuatro de la tarde. Y mientras observaba los alrededores vi algo que me llamó la atención en el hotel que está al otro lado. El Leman.

—¿Qué viste?

—En una de las ventanas de la tercera planta alguien estaba mirando, también, con unos binóculos. No pude distinguirlo bien, pero me resultó sospechoso. Tomé el coche y me encaminé hacia el hotel Leman. Antes de llegar, vi salir a Riordan y entonces ya no me cupo ninguna duda de quién era el hombre de los prismáticos. Le seguí. Riordan se dio cuenta y corrió hacia un coche que tenía aparcado en la esquina. Se dirigió hacia Meyrin. Sin duda, creyó que me había despistado, pero conseguí ver dónde se metía. Era una villa, propiedad de unos franceses... Me quedé montando guardia.

Tras una pausa, añadió:

—Te llamé un par de veces al hotel. Me dijeron que no estabas. Pregunté si te habías ido, y me contestaron que no. Bueno. Yo no podía partirme en dos. Me interesaba Riordan, porque cualquier peligro que tú pudieras correr, tenía que venir de él...

—Sin embargo, esta noche fui atacado en la azotea del hotel Leman.

—¿Luiste atacado?

—Dispararon sobre mí.

Dale pareció sorprendido.

—Riordan no pudo ser. No se movió, en toda la tarde, de la villa. De esto estoy seguro.

—Pues si no fue él... —comentó Roger, con una idea fija.

Dale se la hizo soltar, aún sin querer.

—Oye... ¿Qué demonios hacías tú en esa carretera, Roger?

—Seguía a alguien.

—¿A quién? Habla claro, por favor. Quizá estemos llegando al final de la cuestión.

—A un amigo. Bueno... Sería absurdo pensar que el...

—Nada hay absurdo, en un asunto como el que nos ocupa... ¿Quién es ese amigo tuyo?

—Se llama James Clark... Pero no puede ser...

—¿Clark? —Dale forzó su memoria.

—Es imposible que pueda tener que ver... Le conozco desde hace años. No... No puede ser. No es más que un pobre diablo.

—Pero tú le seguías.

—Verás... Yo herí al hombre que me atacó en la azotea del Leman. Y Clark estaba herido de un brazo.

—¿Simple casualidad?

—Tal vez...

—No estás muy seguro.

—Ya no estoy seguro de nada, Dale, sólo de una cosa.

Esto empezó en Francia... Y allí es donde voy.

—Con la policía francesa esperándote, ¿eh?

—Sé dónde esconderme... en caso de necesidad.

—¿Qué esperas encontrar en París?

—A una chica. La amiga de Walsh. Él la quería.

—Bien... Allá tú, cabezota, pero conste que actúas bajo tu propia responsabilidad... De todos modos, yo tendré que quedarme aquí un par de días... Estaré en el Leman. Si me necesitas...

—Cuídate de Walsh. Está en mi habitación. Pensaba sacarle con una cesta grande.

—Yo arreglaré eso.

—¡Ah! Y preocúpate de averiguar quién disparó contra mí, en la azotea del Leman.

—Lo haré.

Habían llegado a la estación de Cornavin, y al apearse del auto, Roger añadió:

—Tendrás que ocuparte del coche. Hay que devolverlo y pagar los daños. Toma la documentación.

Roger, antes de irse hacia el edificio, murmuró:

—El tren es más lento, pero menos espectacular. Consultó los horarios. Tenía un tren transeuropeo, el *Rheingold*, que enlazaba en Lausana con el *Cisalpin*, que llegaba a París cerca de la medianoche.

Recordaba la dirección de Ivette, la novia del infortunado Walsh. Él mismo le había facilitado las señas. Ella era su objetivo.

CAPÍTULO XVI

Viajar con la rapidez de los trenes transeuropeos es pasar de una región a otra, casi sin aperebirse del cambio.

Por otra parte, el viaje era un sedante para Roger, que, además de relajarle, le permitía pensar.

A las 11,23 llegó a París.

No advirtió ninguna vigilancia especial. Se enfundó la nueva gabardina que se había comprado en Lausana, mientras esperaba el transbordo, y se caló el sombrero. Anduvo deprisa hasta alcanzar la calle, donde pidió un taxi, y se hizo conducir al domicilio de Ivette.

La calle de la muchacha estaba en el distrito de Montmartre, al pie de unas interminables escalinatas.

Empujó la puerta de la calle, y subió a la primera planta del edificio, que constaba de tres.

La primera puerta era la que correspondía a Ivette.

Era ya más de medianoche y, aun lamentando lo intempestivo de la hora, llamó.

Tuvo que repetir el repiqueteo con los nudillos hasta que una voz soñolienta surgió del otro lado de la puerta.

—¿Quién es? ¿Quién llama?

—Un amigo de Alfred Walsh.

—¿Cómo has dicho? —Hizo repetir la voz femenina.

—Soy Dubarrie... Los periódicos han hablado bastante de mí, últimamente.

La puerta se abrió enseguida. En el umbral apareció una joven, de pelo negro y ojos rasgados. Era bonita. Roger lamentó tener que darle la mala noticia de la muerte de Alfred.

—Pase... ¿Y Alfred?

—He venido solo —empezó en inglés—. ¿Habla usted mi idioma?

—Algo, un poco. Me esforzaré. Pero... ¿Dónde han estado estos

días? Cuando usted libró a Alfred... quiero decir, cuando me enteré de que le había ayudado a escapar, pensé que acudirían a mi casa.

—Era mejor salir de Francia cuanto antes... Pero algo falló.

—¿Qué ha pasado?

—Se lo explicaré, Ivette... Y la verdad es que no sé cómo empezar.

—¡Dios mío! ¿Le ha ocurrido algo a Alfred?

Mientras Roger explicaba lo sucedido, una furgoneta se aproximaba a la calle de Ivette. En la cabina, iban un par de hombres. En el interior, otros dos.

La furgoneta se detuvo cerca de la entrada de la casa.

—Aquí es —dijo el conductor.

Los que iban detrás bajaron. El conductor murmuró:

—El jefe no quiere fallos. La orden es tajante. El inglés debe desaparecer... ¿De acuerdo? Desaparecer. Ni rastro de él. Andando. Yo os espero aquí.

—¿Y la chica? —inquirió uno.

—A la chica podéis dejarla en el piso. Muerta, por supuesto. De esto no debe quedar ninguna prueba.

Entretanto, Roger intentaba encontrar palabras de consuelo para Ivette, que había recibido la noticia de la muerte de Walsh con entereza, aunque le era difícil ocultar su dolor.

—Se lo dije. Era demasiado peligroso...

—¿Le habló de algo?

—No era muy explícito en sus cosas, pero yo sé que se había mezclado en un mal asunto. Él decía que lo hacía por ganar dinero... Pero yo sé que había algo más.

—¿Conocía usted a alguno de sus amigos?

—Uno que se llamaba Jean Pierre... Pero la policía le cogió, durante la redada.

—Esto ocurrió en Marsella, ¿verdad?

Ivette asintió.

—Sí. Yo me trasladé aquí, cuando le detuvieron. Aquí vivía una amiga mía. Ahora está ausente y vivo sola.

—¿Le ha molestado la policía?

—No. Sólo Alfred conocía mis señas...

A pesar de la seguridad de Ivette, tres asesinos estaban ya en el rellano, junto a la puerta, escuchando el murmullo de las voces de

Roger y de la muchacha.

Alguien aplicó una ganzúa a la puerta.

Ajenos al trágico fin que alguien había provisto para ellos, seguían hablando.

—Debe haber alguien más. Alfred Walsh estaba a punto de descubrir algo. Puede que lo hubiera descubierto ya, sin darse cuenta de ello...

—¡Espere! —arguyó ella—. Tal vez exista alguien... Se llama Marco. De Marco. Es un italiano. Logró escapar antes de la redada. Un día fue a visitar a Alfred, y él le dio las señas y vino a verme. Me pidió, de parte de Alfred, que le diera todos los detalles posibles.

Roger pensó que el tal De Marco podía tratarse de un enlace del agente de quien le había hablado el coronel. El agente que, por distintos conductos, había hecho llegar la llamada de socorro de Walsh.

—¿Sabe dónde vive?

—Anoté las señas... Espere, las buscaré.

La muchacha abrió el primer cajón de un mueble, y sacó varias tarjetas, pero no estaba la dirección que buscaba.

—Debí ponerlo en otro sitio.

El que hurgaba en la cerradura estaba ya a punto de hacerla girar.

Ivette seguía buscando.

No. No estaba en el segundo cajón, y luego removió el tercero.

—Jamás me había ocurrido una cosa así.

Al otro lado, en la escalera, una mano férrea estaba girando ya el pomo de la puerta.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo... Lo dejé junto a...

—Un momento...

El agudo oído de Roger había creído percibir un sonido.

—¿Qué ocurre?

—No sé... Está sola.

—Sí...

Roger levantó la mano y murmuró:

—Apague la luz.

Ella obedeció. Roger llegó hasta la puerta y observó cómo el pomo giraba.

Aguardó una fracción de segundo. Lo justo para prepararse.

Luego, tiró de la puerta con furia, sorprendiendo al que trataba de entrar furtivamente.

Fue una pelea rápida, que concluyó en el momento en que Roger advirtió las intenciones de los tres hombres.

La cosa se dividió en tres partes.

Primero, Roger golpeó con el canto de la mano las vértebras del que había intentado abrir.

Segundo, al ver cómo los otros dos querían terminar por la vía rápida, utilizando sendos cuchillos, dio una patada al que tenía más próximo, y le rompió el brazo, arrancándole el cuchillo y una exclamación de terror.

Tercero, y siempre ayudado por el factor sorpresa, atacó al otro con una llave, obligándole a hacer una extraña pirueta.

Pero el primero ya se había repuesto y esgrimía un revólver. De nuevo tuvo que utilizar el pie para desarmarle. Sonó un disparo y Roger no podía permitirse llamar la atención ni comprometer a Ivette, si le encontraban en aquella casa.

—¡Cierre, la puerta! —gritó. Y al mismo tiempo arremetió de nuevo contra el que había intentado acabar con él a quemarropa, lanzándole contra otro de sus compañeros.

El tercero optó por huir y Roger siguió tras suyo.

Al llegar al portal, el fugitivo se revolvió para disparar. Roger ya lo había previsto y se agachó, sacando su propia arma y repeliendo la agresión.

Su disparo, más certero, acabó con el que pretendía matarle.

Quedaba el de la calle que, advertido por el ruido, había sacado el revólver, nervioso por tanto ruido.

Apenas Roger asomó, el cuarto tipo disparó. Roger tuvo que guarecerse de nuevo en el portal y esperar unos instantes para reaparecer disparando a su vez.

El intercambio de balazos se prolongó, durante unos segundos. Roger, más sereno, abatió a su enemigo, mientras alguien reventaba la puerta de la casa de Ivette de un disparo.

—¡Socorro! —gritó la muchacha.

Roger comprendió lo que los otros pretendían. Escudarse tras la muchacha.

Ella asomaba por la ventana.

—¡Salte, Ivette!

La muchacha dudó.

—¡Vamos, salte!

No había otra solución.

Ivette ya no lo pensó. Tenía alguien detrás, que le conminaba a quedarse quieta.

Saltó. Roger estaba debajo para recogerla. Cayeron ambos al suelo, mientras uno de los supervivientes asomaba por la ventana.

Roger abrazó a la muchacha, obligándola a rodar. Ambos lo hicieron apretados, para esquivar las balas.

—¡Corra hacia la furgoneta! —dijo él, deshaciéndose rápidamente de la chica para disparar contra la ventana.

El tipo que disparó primero se vio obligado a replegarse al interior, mientras Ivette corría hacia el coche, cubierta por Roger, que retrocedía disparando.

Es obvio señalar que casi todas las ventanas de los edificios colindantes se habían iluminado. Los disparos despertaban el temor y la curiosidad de los vecinos.

El forajido asomó para tratar de alcanzar a Roger, que retrocedía, sin dejar de apuntar. Disparó también y el balazo alcanzó al hombre, que se dobló hacia delante, quedando extrañamente colgado, con casi medio cuerpo fuera.

Ivette ya estaba en la furgoneta. Roger subió a ella y le dio la marcha...

CAPÍTULO XVII

—No podrá volver a su casa, Ivette. Conocen sus señas. Intentaron matarnos a los dos... Y eso me hace pensar que sabían dónde podían encontrarme... Sin proponérmelo, le he hecho correr un grave riesgo.

—No me importa... si con ello pudiera castigar a los asesinos de Alfred.

Roger tenía muchas cosas en qué pensar, mucho que solucionar.

—Tendré que volver allí. Había dado un rodeo, dejando la furgoneta en un callejón y, dentro, en la cabina, con las luces apagadas, continuaba el diálogo con la muchacha. —Iré por sus cosas. Lo más imprescindible...

—¿Mi pasaporte?

—La llevaré conmigo. Aquí no puede quedarse, al menos hasta que se solucione este asunto. Corre demasiado peligro...

—De Marco. Cuando consiga las señas...

—No. Ya no es necesario, Ivette. Sólo una persona podía saber dónde estaba yo, y esta persona... sé quién es; pero hasta que no quede desenmascarada, la vida de usted pendería de un hilo.

—¿Por qué?

—Porque ahora sabe que pretendían matarme a mí. ¡Vamos! ¿Sabe conducir?

—Sí.

—Bien, coja el volante y vaya directamente al aeropuerto. A Orly. Aguárdeme allí... ¡Espere! Deje la furgoneta cerca de la primera parada de taxis que encuentre. Si no hay ninguno, llámelo por teléfono. Tome. —Le dio algún dinero y se apercibió de qué se trataba de francos suizos. Buscó la moneda francesa que le había sobrado de su anterior y fugaz estancia en París. Tenía varios billetes de diez y de cincuenta. Le dio la mitad a la joven y añadió:

—Recogeré su pasaporte.

—La policía le detendrá.

—Esperaré a que me dejen el campo libre.

La inspección ocular de la policía duró bastante tiempo. Al fin, dejaron un par de hombres de vigilancia y la calle volvió a recobrar la normalidad, como si nada hubiese ocurrido.

Roger había dado la vuelta, entrando por un callejón en la parte trasera.

Su habilidad le sirvió para alcanzar el balcón de una casa contigua y saltar al siguiente hasta deslizarse por la esquina, utilizando la cornisa que lo llevó hasta una de las tuberías exteriores. Trepó, alcanzando la azotea de la casa, desde la que podía ver a los agentes de guardia.

Arrastrándose por las tejas, llegó hasta el patio interior, que servía de respiradero.

Allí, el bajar ya resultaba algo más difícil. La pared era lisa, por lo que la única solución era saltar hasta el saliente de la ventana.

Lo hizo, tras medir bien las distancias. Se tiró. Sus pies resbalaron sobre el alféizar y el peso de su cuerpo lo hundió hacia abajo, pero llegó a tiempo de cogerse de las manos.

Le quedaban otro par de plantas para descender, y el ruido había despertado al vecino del tercero. Tenía que darse prisa. Se tiró de nuevo. Aquella vez quedó en cuclillas en el alféizar de la ventana, de la segunda planta.

Una cabeza asomó en el piso alto. Roger se pegó cómo pudo al hueco de la ventana y, ayudado por la oscuridad, pasó inadvertido para el vecino que cerró mascullando algo de una noche maldita.

Un tercer salto dejó a Roger en la ventana del piso de Ivette. Lo había conseguido.

Treinta y cinco minutos más tarde, se hallaba en Orly. Ivette estaba aguardando, intranquila y asustada.

—¿Todo bien? —preguntó Roger.

—Sí. ¿Y usted?

—Le he traído este bolso que encontré y en el que metí unas cuantas cosas que pueden hacerle falta. El resto lo compraré en Londres. Es el sitio más seguro que se me ocurre ahora.

—¿Ha encontrado la dirección que tenía anotada?

—Sí... Estaba en un papel, en un cajón de la cómoda. En el dormitorio. Por cierto, la nota estaba unida a ese billete. Son cinco

libras esterlinas. Moneda del país.

—Eso intenté decirle antes. La perdió un hombre. Juraría que había seguido al señor De Marco. Recuerdo que, cuando salió, me asomé por la ventana y vi un coche negro detenido. Salió un hombre y observó el coche, y luego miró hacia la casa. Yo cerré la ventana, y lo vi a través de las cortinas.

—¿Reconocería a ese hombre, Ivette?

—Sí. Es posible... Lo vi desde la ventana, pero si volviese a verle, creo que le reconocería. —Y tras una pausa, añadió—: Él perdió ese dinero.

—¡Oh!

—Buscó algo en el bolsillo. No sé... El caso es que vi cómo le caía esto. Primero no supe lo que era. Y la verdad es que no me importaba. Lo único que me intrigó es que se fijara tanto en mi casa y, por supuesto, que siguiera a De Marco porque salió inmediatamente en la misma dirección. Yo salí minutos más tarde. Apenas pasaba gente y el billete seguía allí; lo recogí, pensando en hablarle de ello al señor De Marco, pero cuando fui a visitar a Alfred y le hablé de esto, me dijo que era mejor que no viera a De Marco, a menos que se tratara de un caso urgente y que, si él necesitaba verme, ya lo haría personalmente. En cuanto a lo del billete, no hizo ningún comentario. Si pensó algo, se lo guardó para él. ¿Cree que puede tener alguna importancia?

—Pues... en principio, parece probar que la persona que lo perdió era un compatriota mío... Pero lo más importante es que usted pueda identificarle, Ivette.

—Pero usted dijo que ya sabía quién era...

—Sí... En efecto, pero seguramente necesitaré más pruebas que mi palabra.

Cuando el avión que conducía a ambos a Londres remontó el vuelo, en dirección a la capital británica, Roger Lang seguía pensando en los sucesos ocurridos en los últimos días...

La muerte de Walsh, los dos atentados...

Sí. Sólo una persona... Una persona. —Se repetía a sí mismo—, sabía cuáles eran mis planes.

CAPÍTULO XVIII

—Dale —dijo simplemente Roger, delante del coronel y de Lyn Forrester.

Sus dos superiores cambiaron una mirada. Forrester tomó la palabra.

—Creo que debió regresar en el preciso momento en que descubrió a Alfred Walsh muerto en la ducha del hotel, según usted ha descrito.

—¿Es que no piensan interrogar a Dale? Les estoy facilitando el nombre de la persona que ha costado varias vidas. ¿No lo comprenden? Sólo él sabía dónde iría yo al llegar a París. Y así, mientras viajaba en el tren, no tuvo más que llamar, dando instrucciones a los suyos para que me eliminaran.

A Roger le exasperaba, a veces, la flema de sus compatriotas. Sobre todo, cuando parecía que sus palabras no hacían la menor mella en ellos. Ni siquiera se mostraban extrañados.

—Estamos tratando de que comprenda, señor Lang —intervino el coronel—, que está usted en un error.

—Tengo un testigo. La chica de quien les hablé... Ella vio al hombre que seguía a su enlace en París. De Marco. Perdió un billete de cinco libras, que Ivette recogió.

—¿Y eso prueba algo, Lang? —preguntó Forrester.

—Quizá no, pero insisto en que Dale era la única persona que sabía que yo iría a casa de esa chica, y su dirección no la sabía nadie más. ¿Comprenden? Sólo De Marco y el hombre que le siguió. Yo no le dije a Dale cuáles eran las señas de Ivette, pero quien envió a cuatro esbirros para que nos mataran, sí sabía esas señas...

—Antes de que siga adelante, Lang —intervino el coronel—, quiero que sepa que Dale llegó ayer de Suiza, seguramente cuando usted estaba todavía en el tren... Pero mejor dicho, no llegó, lo trajeron.

—¿Qué?

—Le hirieron en el hotel Leman, cuando estaba llevando a cabo unas investigaciones. Al principio, se temió por su vida, pero, afortunadamente, la herida fue menos grave y, por la noche, lo trasladaron, a petición suya. Está en el hospital. Le daré las señas para que pueda ir a visitarle.

Roger, frente a Dale, estaba perplejo, pero al mismo tiempo se alegraba de que aquél no fuera el responsable de los crímenes.

—En este asunto hemos hecho tanto ruido, que la caza ha levantado el vuelo —comentó el herido.

—Sí, desde luego. Todo empezó bien.

—Hiciste una buena labor, muchacho. Por eso se recurrió a ti. Pero algo falló, y no fuiste tú, precisamente.

—Sin embargo, me he equivocado en algo, Dale. Lo confieso. Creía que eras tú...

—No te lo reprocho. Un buen agente debe desconfiar de todos... Yo mismo, a veces, pienso que...

Se interrumpió y Roger le animó a que continuara.

—Sigue.

—No... No tiene importancia.

—¿Viste al hombre que disparó?

—Sí. Conseguí herirlo. Él salió peor librado. Ha muerto.

—¿Quién era?

—Formaba parte de una red de distribuidores de drogas. Operan en todas partes.

—Drogas... siempre mezcladas con este asunto.

—Yo estaba intentando aclarar algo sobre ese James Clark. El tipo que me disparó salía de su habitación.

—¡No!

—Sí, Roger. Sé que es una mala noticia para ti, pero ese James Clark está metido en el asunto.

—Él dijo que estaba en Ginebra por motivos de trabajo.

—Ya se ha comprobado todo, Roger. Pidió unos días de fiesta. Alegó problemas familiares. Lo hizo por dinero, desde luego. Aunque es sólo un pez pequeño en la organización.

—¡Pobre Sarah! Tendré que ir a verla. Es su mujer. Yo apreciaba a esa gente...

—Todo son problemas.

—¿Dónde está James Clark ahora?

—Se lo quedaron en Suiza, desde luego. Ahora intentarán desbaratar los planes de esa red y desarticularla... ¿Recuerdas la villa de la que te hablé? ¿La que visitó Riordan?

Roger asintió, pensativo.

—Era una guarida importante.

—Un momento... Si Riordan también estaba metido en eso...

—Anda, sigue, Roger... Llegarás a la misma conclusión que yo.

—El que está por encima de él... tiene que ser alguien del Servicio.

—Ya estamos como al principio, Roger. ¿Quién?

—A Walsh le mataron para que no pudiera llegar hasta el final. A mí intentaron matarme también...

—Lo mío fue distinto. Aquel tipo creyó que iba tras él y disparó. No creo que se hubiese dictado ninguna orden de ejecución contra mí. No tenía la misión a mi cargo.

Tras un silencio, Roger tuvo una idea, que expresó lentamente...

—Un agente vendido a una potencia, enemiga. Ve la posibilidad de enriquecerse con la droga procedente de Asia, y organiza una red. Necesita gente lista y utiliza a uno, dos o más agentes. Agentes dobles, por supuesto. Les obliga a trabajar para él, coaccionándoles. Si se niegan, les delatará... Esto pudo ser el principio.

—No es mala tu idea, muchacho.

—Ivette vio al hombre que perdió cinco libras. Al hombre que seguía a De Marco... ¡Dale!

—¿Qué te ocurre ahora?

—Retratos de la gente más importante de la organización. Si es uno de ellos, Ivette le reconocerá.

—No puedo acceder a su petición —dijo el coronel—. Lo siento, Roger. Eso es ir demasiado lejos. La palabra de una muchacha que tal vez no esté demasiado segura, podría destruir la reputación de cualquier miembro del Servicio. Además, usted sabe, tan bien como yo, que no se pueden mostrar públicamente las fotos de los agentes.

—Entonces, coronel, permita que, de un modo u otro, pueda ver a los más destacados.

—No, de veras que no, Roger. Deje ya este asunto.

—Escuche, coronel... Dijo que Lyn Forrester era el responsable absoluto. ¿Verdad? Bien. Aunque no me guste tratar con él, en este

caso lo haré. ¿Dónde está?

—Lo siento. Ha tenido que marchar, en misión especial.

—¿Está fuera de la ciudad? ¿Por cuánto tiempo?

—Pregunta demasiado, Roger.

—Me gusta terminar lo que empiezo, señor.

—Su misión ha terminado.

—Si es por ahorrarse el dinero, hágalo. Yo continúo. Localizaré a Lyn Forrester.

—Perderá su tiempo. Forrester va y viene constantemente, tiene muchos asuntos y, aunque usted opine lo contrario, es muy eficiente.

—Si es como usted dice, coronel, Forrester tendrá que darme la razón.

El «viejo» carraspeó.

—Bueno, no crea... Su idea no me parece mal, pero... En fin, Lang, déjeme en paz, ahora, y hable con Forrester. Es todo lo que puedo decirle.

—Ésta es Ivette —presentó Roger a Grace.

Ambas mujeres se estrecharon la mano, y Roger añadió:

—Si no te importa que viva contigo... Es por unos días. Nunca ha estado en Londres y, después de lo ocurrido, necesita compañía.

—Aquí se hallará como en su casa —sonrió Grace—. Y puede quedarse el tiempo que quiera. Estoy de vacaciones. Pensaba ir a algún sitio, pero, sola, es bastante aburrido.

Roger fingió no entender la indirecta. Tampoco había explicado la verdad a Grace. Se limitó a decirle que Ivette había perdido a su prometido, y se sentía triste. Anteriormente, ya había advertido a Ivette que no comentara nada de lo ocurrido en París.

Fue Grace la que, en el *hall* y en voz baja, mientras Ivette miraba a través del ventanal una vasta panorámica sobre el puente de la Torre, murmuró:

—Ya no es necesario que finjas conmigo, Roger.

—¿En qué sentido, Grace?

—Sé a qué te dedicas en algunos períodos de tu vida, y comprendo que debas guardar silencio.

Roger frunció el entrecejo.

—Lyn estuvo a verme, mientras estuviste fuera. Sé que él trabaja en el Servicio Secreto. Es menos prudente que tú... o quizá confía

más en mí...

—Bien, si él te lo ha dicho...

—Así es.

—¿De modo que vino a verte?

—Sí. Ya ves que no te miento... Quería reanudar lo nuestro, pero le dije que no. A pesar de que me presentó un panorama muy de color de rosa... En principio, me propuso unas vacaciones. Francia, Suiza, Alemania, el norte del continente y hasta el Asia prohibida... Tiene que viajar constantemente, y dijo que no le importaría en absoluto que fuera con él a todas partes, donde sus misiones no resultaran peligrosas.

—Escucha... ¿Por qué no vamos a cenar? Ivette puede quedarse...

—Sería un mal comienzo, ¿no crees? Una descortesía.

—Es que me gustaría charlar contigo a solas.

—Ya tendremos tiempo...

—Grace... Siempre has sido libre de elegir, pero... gracias por no haber escuchado las proposiciones de Lyn.

—Sé que no te hubiese hecho gracia encontrarte conmigo en Ginebra, del brazo de Lyn.

—¿Es que... te habló concretamente de Ginebra?

—Sí... Dos días después de que hubieses ido.

—¿Sabes... si se fue él a Ginebra?

—Supongo que sí.

Roger se pasó la mano por la frente.

—Cielos... Fue a Ginebra justamente el día en que... —se interrumpió para seguir—. Y te habló de sus viajes... Asia incluida.

—¿Qué ocurre, Roger? ¿Qué estás pensando?

—Nada. Todavía nada... Escucha. Creo que Lyn ha vuelto a salir... ¿Sabes dónde vive? Dame las señas.

La vivienda de Lyn Forrester estaba situada a medio kilómetro de la de Grace. Roger hizo el recorrido a pie. Es decir, lo hizo a todo correr.

Entre la gente que llenaba los puntos céntricos de Londres a las seis de la tarde, se encontraba Lyn Forrester, que no estaba ausente, como Roger pensaba, sino en la «city», y muy cerca del edificio donde vivía Grace. Hacia él se dirigía.

CAPÍTULO XIX

Roger Lang había forzado la puerta del piso de Lyn Forrester y comenzó a registrar su despacho.

En su mente resonaban las palabras de Grace: «Suiza, Francia, Oriente...».

—«Él estuvo en Suiza el día que mataron a Walsh».

Sí. Ahora estaba convencido de que Lyn Forrester era su hombre, pero necesitaba alguna prueba, algún detalle comprometedor... Mientras seguía rebuscando en los cajones, ignoraba que, en la mente de Lyn, había dos nuevas víctimas en potencia.

Lyn estaba en casa de Grace. Acababa de llamar. Llevaba un ramo de flores en la mano y, cuando la muchacha abrió, sonrió ampliamente.

—Espero no estorbar.

—Lyn, quedamos en que no teníamos nada más que decirnos.

—Bueno, pensé que tal vez... Por cierto, ¿me dejas que ponga estas flores en el jarrón?

—No debías haberte molestado. Dame.

—No. No quiero que te pinches. Son rosas, como puedes ver...

—Y muy bonitas. Bueno, pasa, pero no te entretengas. No estoy sola.

—Lo sé... Roger Lang dijo que había traído a una francesa y que pensaba hospedarla en tu casa.

—Así es...

—Supongo que el regreso de Roger habrá influido en tu decisión.

—Nada ha influido, Lyn. Sólo que no comparto tus sentimientos.

Forrester avanzó hacia el salón. Ivette, que estaba junto a la pantalla del televisor, levantó la mirada.

—Voy a presentarte a Ivette —empezó Grace.

La muchacha quedó mirando al recién llegado, que se quitó el sombrero, al tiempo que sus ojos se clavaban en ella.

Ivette palideció un momento.

Para un observador sagaz como Lyn Forrester aquella mirada equivalía a una confesión.

Ella acababa de reconocerle por «algo» en principio inconcreto, pero que no tardaría en relacionar con Montmartre... Con la ventana de su casa.

Lyn dejó el ramo sobre la mesa, quitó las flores viejas y pareció rebuscar algo.

Grace trató de ayudarle y, sin querer, le dio un golpe. Algo se deslizó de la mano enguantada de Lyn, impecable en el vestir, en el porte, en todo, incluso en su serenidad.

Grace trató de recoger el objeto.

—¿Qué es? Parece... ¡Una grabadora en miniatura!

—Sí, querida... La dejé olvidada la última vez.

—¿Qué significa esto, Lyn? ¿Espías mi casa?

—Sólo lo que me interesa. Es un chisme muy original. Se dispara automáticamente y funciona mientras su extraordinaria sensibilidad capta una conversación...

—Lyn... Esto no tiene ninguna gracia.

—Discúlpenme —pidió Ivette.

—No, no, querida. Quédese usted aquí... Oiremos juntos lo que está grabado.

Accionándolo a mano, el pequeño aparato, cuyo tamaño era un tercio de una cajetilla de tabaco corriente, se puso en marcha. La conversación que momentos antes sostuvieron Roger y Grace había quedado fielmente impresionada y, ahora, aunque sin grandes voces, se estaba reproduciendo.

—Interesante... No es la primera vez que lo hago. Lo confieso. Debe ser por mi oficio. Me gusta saberlo que pasa en los sitios cuando yo no estoy.

Grace guardó silencio.

—Sí, querida. Primero era por celos o por curiosidad. Ahora es algo distinto. Hablé demasiado. Confié en desbancar a Roger Lang y tú me diste calabazas... Luego se lo has contado a él todo... Y Roger es listo y atará cabos... Fui un estúpido, y si no tuviera bastantes problemas, me trae a la francesa.

Ivette soltó:

—¡Usted seguía a De Marco! Ahora comprendo... El magnetófono... Su presencia aquí. Usted es...

—¡Silencio! En la mano diestra enguantada de Lyn, apareció un revólver de pequeño calibre. Muy pequeño.

—¡Lyn! —exclamó Grace, a su vez, retrocediendo asustada.

—Ahora vais a seguirme las dos. Sin ruidos, sin escenas... Esta arma dispara una mezcla especial. La muerte es instantánea, segura...

—Nos matará de todos modos —murmuró Ivette.

Entretanto, Roger seguía rebuscando. Estaba frente a la caja fuerte. Él no era ningún especialista y pensó en alguien que pudiera ayudarle a abrirla.

—Si algo le compromete, no puede guardarlo en otro sitio —se dijo Roger, y decidió marchar, justo cuando las dos mujeres comenzaban a descender la escalera, delante de Lyn, que, con la mano derecha en el bolsillo, les advirtió:

—Recuérdense las dos, cualquier intento de fuga, es la muerte cierta. Si obedecen, tendrán... una oportunidad. Debo estudiar la solución.

Pero tanto Grace como Ivette comprendían que la solución no existía. Pensaba matarlas, pero en algún lugar lejano para no dejar el menor rastro.

Roger estaba ya en la calle. Ahora, andaba con menos prisa; sin embargo, se dirigía hacia la casa de Grace. Quería advertir, tanto a ella como a Ivette, que se guardaran de Lyn Forrester.

Demasiado tarde. Forrester estaba ya en la tercera planta. Faltaban otras tres para llegar a la calle. Allí tenía un coche, en la esquina.

Roger se hallaba a unos cuatrocientos metros de distancia.

CAPÍTULO XX

A Roger le quedaban todavía doscientos metros por recorrer cuando Lyn bajaba el último tramo de escaleras.

Roger aceleró la marcha, antes de que un semáforo cambiase de color.

Lyn salió al portal. Y advirtió a las mujeres que tenía delante:

—Anden hasta el coche que está en la esquina. Háganlo con toda naturalidad.

Roger se detuvo a unos ciento setenta metros para encender un pitillo.

Cuando siguió andando, Grace e Ivette le necesitaban más que nunca, porque estaban muy cerca del coche.

Roger apareció, decidido a avanzar con más rapidez.

—Abre la puerta, Grace, y que entre Ivette; tú ponte al volante, porque vas a conducir. Yo me sentaré detrás, al lado de la francesa.

Grace tomó la puerta y no se dio ninguna prisa en abrir, intentaba ganar tiempo. Tenía a Ivette a su lado, y cambió una mirada con ella. Ambas pensaban en huir. Lyn les recordó:

—No lo intentéis siquiera. No podríais ir muy lejos. Un alud de gente venía hacia ellos. Ivette ya no podía más:

—¡Socorro! —gritó, metiéndose entre la gente.

Grace salió por el otro lado, invadiendo la calle cuando un coche se le echaba encima.

Un frenazo brusco y un disparo sordo. El cristal del auto quedó agujereado, un extraño humo agrandaba el orificio, mientras el chofer, inmóvil, había quedado como paralizado.

—¡Socorro! —gritó Grace a su vez.

Ivette, al doblar la esquina, no pudo esquivar el camión.

Gritos de la gente, carreras y chirriar de frenos pusieron en movimiento a Roger, que se lanzó a una loca carrera, con un presentimiento.

—¡Avisen a una ambulancia! ¡Han atropellado a una chica! — gritaban algunas voces.

Dos policías se aproximaban. Alguien descubrió que el chofer del cristal agujereado estaba muerto.

Lyn seguía detrás de Grace. Necesitaba aprovecharse de la confusión.

Y Grace tropezaba con la gente, sin cesar de gritar:

—¡Cuidado, lleva una pistola! ¡Quiere matarme!

En dirección opuesta, Roger corría, aún sin verla.

Lyn, entre la multitud, era uno más; nadie podía suponer que aquel hombre era un asesino en potencia.

Grace alcanzó un claro. Aquello resultaba peor, porque, sin el amparo de la gente, quedaría a merced del hombre que pretendía eliminarla.

Fue entonces cuando vio a Roger.

—¡Roger! ¡Es Lyn! ¡Tiene un revólver!

Les separaban una veintena de metros, pero detrás de la muchacha apareció Lyn Forrester.

—¡Al suelo! —gritó Roger.

Lyn disparó. Ella había obedecido a Roger, pero ahora éste quedaba a merced del asesino.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los ojos de Lyn Forrester.

Surgió un policía que, al advertir algo anormal, inquirió:

—¿Qué ocurre aquí?

Lyn se volvió. Era una buena ocasión para que Roger gritase:

—¡Cuidado! ¡Va armado! —Y al mismo tiempo, comenzó una rauda carrera para lanzarse contra su enemigo, cuando éste, dándose cuenta del tiempo perdido, iba a disparar contra Roger.

No consiguió hacerlo, porque la acometida del joven le derribó, y cayó de espaldas al suelo.

Se incorporó rápidamente para responder al ataque, pero Roger demostró su categoría de cinturón negro.

—Le gusta que la gente se entrene, ¿verdad, perro? —Y mientras lanzaba la pregunta, sus brazos se movían, seguros, y sus puños golpeaban las partes más vulnerables de su antagonista.

Lyn Forrester quedó totalmente fuera de combate.

En el hospital, el médico certificó:

—Es sólo una leve conmoción, contusiones y, en general, cosa de

poca importancia; lo peor fue el *shock*. Esa muchacha ha sufrido una fuerte tensión nerviosa.

La muchacha era Ivette.

Ahora, a las seis horas del accidente, pasada la medianoche, había podido declarar ante el coronel, en presencia de Roger, de Grace y de un miembro del gabinete del Servicio de Información.

—Sí. Estoy segura. Lyn Forrester es el hombre que vi ante mi ventana. El que seguía a De Marco.

El miembro del gabinete terció:

—Ya se han cursado los avisos para obtener los informes. Pronto tendremos la comprobación de que Lyn Forrester estuvo en Suiza los últimos días.

—¿Qué ha dicho él? —preguntó Roger.

—Por supuesto, se niega a hablar, pero los documentos hallados en su caja fuerte son harto explícitos...

—Ha trabajado deprisa, coronel... —sonrió Roger.

—Bueno, confieso que he pasado por alto algunos formulismos legales, pero, tratándose de miembros del Servicio Secreto, no podemos andarnos con remilgos. Son estos métodos que a veces usted reprueba, señor Lang... En fin, ya hemos molestado bastante a la señorita... Celebro que todo se haya limitado a un susto.

Cuando Grace y Roger se hubieron despedido de Ivette, la muchacha pidió:

—No me dejes sola esta noche, Roger.

—No pensaba hacerlo, Grace.

EPÍLOGO

Había amanecido un nuevo día. Grace y Roger salían de la casa de Sarah Clark.

—No ha sido muy agradable, pero teníamos que ir —murmuró Grace.

—Sí. ¡El muy cabezota de Jim! Le dije que le prestaría el dinero... Pero llegué demasiado tarde.

—¿Hasta qué punto está mezclado en lo de las drogas?

—Era sólo el comienzo. Necesitaban gente que no esté fichada, gente con cara de honrados. Pagan bien y Jim necesitaba dinero... Por eso empezó jugando.

—Pero... ¿sabía él que, en realidad, trabajaba para Lyn Forrester?

—No. En absoluto. En realidad, ni siquiera conocía a Lyn. Muy pocos le conocían. Pertenecía a una rama distinta. Lyn era el cerebro, y su presencia en Suiza no tenía nada que ver con el tráfico de drogas, sino única y exclusivamente para eliminar a Walsh y a mí también.

—¿Por qué te eligieron precisamente a ti?

—Porque Lyn quería liberar de veras a Walsh para así poder matarle. Era un peligro menos. Y yo era el único hombre, según ellos, capaz de realizar el trabajo. Luego Lyn también me tenía preparado el funeral, por si acaso Walsh me hubiese revelado algo importante. La verdad es que a punto estuvo de salirse con la suya. Porque sólo pudo ser él quien disparara contra mí y luego, al fallar en la azotea, mandó a Riordan.

—Según me has contado, la refriega tuvo lugar en la carretera... ¿Cómo podía saber Lyn que tú ibas hacia allí?

—Es sencillo. Y lo he sabido, por la declaración de James Clark... Aquella noche, Lyn nos vio hablar. Sabía de antemano que éramos amigos. Es probable que pusiera algún micrófono en su

habitación. Lo cierto es que ordenó que le telefonearan para hacerle salir hacia la villa de Meyrin. Lyn supuso que yo le seguiría, y preparó el nuevo atentado en la carretera. Subieron al coche. Cuando Roger lo puso en marcha, —dijo a su acompañante.

—Bien. Iré a Suiza, a ver si es posible hacer algo por ese infeliz de James. Esta vez... te pido que me acompañes. ¿Qué contestas?

—Que me llesves a casa para empezar a hacer las maletas —sonrió ella.

No muy lejos de allí, un hombre salió de un vetusto edificio. Un hombre que pretendía huir de quienes le retenían.

Era Lyn Forrester.

Tras él, sonaron voces conminatorias. Lyn, que había alcanzado la calle, se volvió para disparar.

Entre los que le seguían, surgió una ráfaga, y Lyn cayó, acribillado, en el centro de la calle.

—Es mejor así —dijo alguien—. La ropa sucia queda mejor lavada en casa.

Se llevaron su cuerpo.

En su despacho, el coronel cerró un *dossier* y *borró un nombre*. Luego, comentó con uno de sus hombres.

—En realidad, no llegó a jefe. Roger tenía razón. Era sólo un adulator, que consiguió ganar la confianza de algunos. Afortunadamente, esos casos no se dan casi nunca. Así que... Asunto concluido...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

